

# Sangría

Revista de terror y novela negra



Año I No. II



**Sangría**, revista de terror y novela negra, año 1, No. 2, junio-septiembre 2021, es una Publicación cuatrimestral editada y publicada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, correo electrónico: [somosrevista.sangria@gmail.com](mailto:somosrevista.sangria@gmail.com). Reserva de derechos al uso exclusivo on-line e impreso: en trámite, ISSN on-line e impreso: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Maquetada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3310050278. Este número se terminó de maquetar el 24 de junio del 2021. Las opiniones expresadas por los autores no están basadas en las posturas del editor ni de la revista. Se permite el uso del material incluido y la reproducción de su contenido para trabajos académicos o de otra índole, siempre y cuando se cite la fuente.

## Dirección General

*Ana Paulina Murguía Fabián*

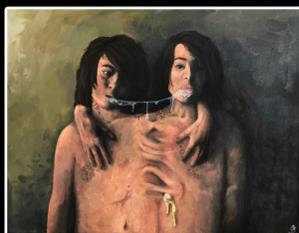
*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

## Diagramación y diseño

*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

## Ilustración en portada

*Carolina Rangel*



*Grottesco*  
Acrílico sobre lienzo



*Pérdida*  
Técnica mixta sobre  
papel

# CONTENIDO

## Narración

---

Familia feliz <i>Michelle L. Barajas</i>	1
Registros de una estación de radio. Grabación N°17 <i>Vyann Vizcarra</i>	4
Los perros del camino <i>Isabel Domingo</i>	7
La colmena <i>Christopher Legorreta</i>	11
La coleccionista <i>Sandra Rubí González Prado</i>  <i>Abril Cárdenas Contreras</i>	14
La maceta <i>Emiliano López</i>	18
Carne <i>Paloma Luna</i>	22

## Microrrelato

---

En la oscuridad de la noche <i>Joana Cecilia Lomelí Ayala</i>	30
Vigía <i>Daniela Zenteno</i>	30
Debajo de la cama <i>Joe Colunga</i>	31

La nariz de Imelda <i>María Ámbar Orozco</i>	32
Verónica <i>María Isabel Padilla González</i>	33
Sed <i>Julia Higareda</i>	35
Un frío lamento <i>Josmar Díaz Pineda</i>	36
La percha verde <i>Vilde Saetre</i>	36

## Reseña

---

ZARAGOZA 240 <i>Silvia Quezada</i>	37
---------------------------------------	----

## Ensayo

---

El romanticismo en la película musicalizada de El Fantasma de la Ópera <i>Marisela Valdéz</i>	44
---	----

## Ilustración

---

Grotesco <i>Carolina Rangel</i>	32
Pérdida <i>Carolina Rangel</i>	34



## Familia feliz

---

**Michelle L. Barajas**

**H**abían pasado tres semanas desde que Merlina ya no estaba. Su espacio en la cama se sentía frío, todas las noches tenía que poner un par de almohadas para no sentir el hueco a mi lado. Ni siquiera cuando mi pequeña Angélica se deslizaba entre las sábanas en las noches de tormenta me era posible sentir calor.

De cierta forma me sentí mal por mi pequeña, lo único que sabía de su madre es que había salido de la ciudad por el trabajo. La verdad, nunca quise mentirle, pero no tenía alternativa, ella todavía era pequeña para conocer los males de este mundo. Los males que me hizo su madre.

—¿Qué tienes, mi amor? —le pregunté lo más dulce posible.

—Alguien está tocando en mi ventana.

No me esperaba esa respuesta. La primera explicación que se me vino a la mente fue el árbol afuera de la habitación de mi pequeña, cuyas ramas bien podían ser movidas por el viento. Le dije a Angélica lo que pensaba y se vio más relajada. De cualquier manera se quedó en mi cama. La miré por un rato, tan inocente y hermosa, como un ángel. Me quedé dormido con esa imagen hasta que escuché unos ligeros golpes.

Al principio no me moví de la cama, intenté dilucidar si es que aquel ruido había sido parte de mi sueño o si de verdad había escuchado algo. No oí nada, así que decidí intentar dormir de nuevo. Apenas recuperé el sueño cuando volví a escuchar el ruido. Hice lo posible por mantenerme despierto por más tiempo y esta vez lo escuché con claridad. Venía de mi ventana.

Pensé en algún tipo de ave nocturna, tal vez un gato, una zarigüeya, un niño arrojando piedras, cualquier cosa que pudiera aclarar la procedencia del golpeteo que a momentos parecían arañazos en el vidrio. Me levanté sin hacer ruido y me acerqué lo más cauteloso que pude. Abrí un poco las cortinas, lo suficiente para poder ver el exterior, pero no me encontré con la causa de mi perturbación. Decidí abrirlas por completo y me topé con la soledad de la calle. Miré a todos lados y no supe cómo reaccionar cuando descubrí un rastro de sangre que iba desde la cochera hasta la entrada de la casa. En ese momento escuché cómo se azotaba la puerta principal, haciendo que saltara en mi lugar.

Lo primero que hice fue voltear hacia donde estaba Angélica. Ella seguía dormida como si nada. Verifiqué que de verdad estuviera profundamente dormida antes de sacar el cuchillo que escondía en el armario, dentro de

una caja de zapatos. Salí, cerré la puerta con seguro para mantener a salvo a mi hija y me dispuse a echar de mi casa a quien quiera que se hubiera metido.

Bajé a la planta baja y vi la luz de la cocina encendida. El agua corría sin detenerse y lograba escuchar cómo se movían los cubiertos y los platos, como si chocaran entre sí. Sentí el palpitar de mi corazón hasta las orejas. Tomé con fuerza el mango del cuchillo entre mis manos en un acto de valentía y di un brinco hacia la entrada de la cocina. Cuando me asomé me encontré toda la vajilla tirada en el suelo y a pedazos, la llave del lavabo estaba cerrada y un quemador de la estufa encendido a tope.

Con cuidado me desplacé hasta la estufa para poder apagarla y me di cuenta que justo al lado estaba la marca perfecta de una mano impresa en sangre. Sentí que algo me tomó por el hombro, jalándome un poco hacia atrás, haciendo que me cortara las plantas de los pies con los cristales. No sabía si cuál era más grande, si el dolor o el susto. Cuando volteé, descubrí un rastro de huellas mezcla de sangre y tierra que antes no habían estado allí.

Sentí pánico al ver que las huellas se dirigían hasta el piso de arriba. A pesar del dolor me moví lo más rápido que pude tras de ellas. De cierta forma me alivió ver que las huellas se detenían justo en la puerta de mi estudio, al fondo del pasillo, y no en cualquiera de las otras habitaciones. De todas maneras no bajé la guardia, la adrenalina recorriéndome las venas. Quise abrir la puerta con sigilo para asustar al intruso cuando comencé a escuchar el llanto de mi niña al otro lado de la madera.

—¡Angélica! —grité su nombre una y otra vez de manera desesperada, intentando abrir la puerta a golpes hasta que ésta cedió.

La habitación estaba vacía y no había más huellas. El pánico y el miedo se apoderaban de mí. Apenas salí del estudio en busca de mi hija cuando vi la puerta de mi habitación azotarse con fuerza. De nuevo había un rastro, ahora como si el intruso se estuviera arrastrando con rodillas y manos, que iba hacia mi habitación. No fui capaz de abrir la puerta otra vez y volví a entrar en pánico. La vibra que rodeaba ese lugar en específico era pesada y hacía que quisiera salir corriendo, pero no podía dejar a mi hija. En algún momento comencé a llorar y gritar su nombre.

—¡Angélica! Abre la puerta, por favor. ¿Hay alguien contigo? Por favor, necesito saber que estás bien.

Por segunda vez, la puerta se abrió como si nada. Adentro, me encontré con la escalofriante figura de Merlina con Angélica dormida entre sus brazos. Daba pequeños sollozos de lamento, su cara se escondía detrás de sus largos cabellos negros y su piel se veía pálida ante la luz que entraba de la calle. Dejé de respirar a momentos de la impresión y sentí como si me fuera a desmayar.

—Mi niña —decía —Mi niña hermosa, ¿qué tienes?

—¿Merlina? —logré llamarla, todavía en *shock*.

—¡La mataste, maldito! —levantó la cabeza y pude ver sus ojos inexpresivos —Por tu culpa mi niña no respira.

Miré el cuerpecito de mi hija inmóvil entre los brazos de su madre, pero pude notar su ligera respiración. No pude explicar lo que estaba

pasando, lo que estaba viendo, y mucho menos lo que dije:

—Merlina, tú eres la muerta. Yo te maté.

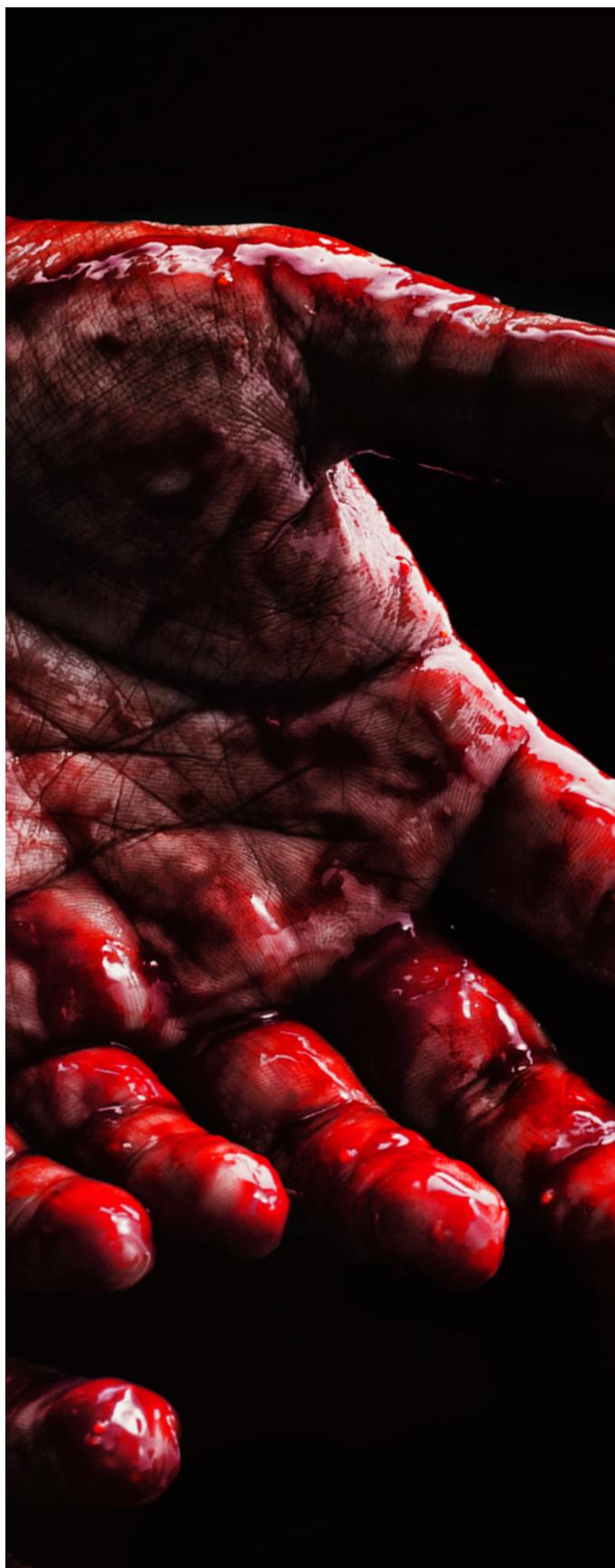
—Por tu culpa nuestra niña está muerta. —de nuevo sus ojos se posaron en mí. Pude notar que estaban inyectados en sangre y llenos de rabia, pude notar la marca alrededor de su cuello y las puñaladas en el pecho—. Si no me hubieras matado, tal vez seguiríamos siendo una familia feliz.

Nunca fuimos una familia feliz. Merlina había osado engañarme, por eso la maté. Y ni siquiera era la primera vez que se había acostado con otro hombre, incluso antes de que nos casáramos... No tuve alternativa. No podía dejar que me siguiera dañando de esa manera.

—Es tu culpa —repitió.

Merlina caminó a la ventana, al punto donde más luz había. De entre ropas sacó el cuchillo con el que la apuñalé, el mismo que ya no estaba en mi mano, y cortó el cuello de mi Angélica. Caí de rodillas de la impresión, a pesar de que la sangre corría, Angélica seguía sin moverse, sin sentir nada. Quería morirme en ese momento, sentía como si me arrebataran el alma o me quemaran vivo. Terminé desmayándome mientras lloraba y rogaba porque todo fuera una terrible pesadilla.

Desperté hasta el día siguiente con la cama y la casa completamente vacías, con las sábanas ensangrentadas y el conejo de trapo tirado al pie de la ventana.





## Registros de una estación de radio. Grabación N°17

---

Vyann Vizcarra

**L**lamada telefónica recibida a la estación de radio nocturna «El Purgatorio Noctámbulo».

Jueves 29 de octubre, 2015

Frecuencia 77.66 F. M.

11:00 PM

[Pista musical]

Bueno, mis pequeñas almas de las sombras... Y aficionados; son las 11:00 de la noche, y en punto iniciamos con el Purgatorio.

Hace un clima magnífico afuera: durante el crepúsculo un ciclón ha arribado a las costas del Oeste y nos ha regalado una tormenta de lluvia y granizo en el área central del estado esta noche,

ideal para realizar aquelarres con amigos, viajar por carreteras solitarias para buscar una nueva experiencia, inspirarse para escribir aquella carta suicida postergada... O simplemente para disfrutar del cliché de admirar por la ventana con una taza de café, lo que más les plazca.

No olviden que hoy es noche de «juego» de cartas en el centro de reunión de la plaza comunitaria. También se inaugura «el campamento de la Luna» en el bosque Kersle exactamente a las 03:03 am. No olviden tener cuidado, la «temporada oscura» ha arribado y con ella los lobos que salen a cazar.

Le iniciaremos la radiodifusión de hoy con el primer voluntario en llamar. Recuerden que...

[Estática]

Vaya parece que tendremos tormenta eléctrica, pero se necesitará más que eso para arruinarnos esta íntima noche. Estaremos atendiendo sus llamadas...

[Teléfono sonando]

¡Ah! Maravilloso. Estás al aire en «Purgatorio Noctámbulo», ¿qué pecado has cometido? ¿Cuáles son esas penas que te atormentan y deseas confesar para limpiar tu alma?

[Voz de mujer]

He sido una mujer lujuriosa

[Locutor]

Mi pecado favorito

[Mujer]

Pero mi pecado es justamente no pecar. Hace un año exactamente que mi cuerpo no ha logrado saciar su sed carnal. Todo por un aborto espontáneo que sufrí cuando estaba embarazada de mi primogénito.

[Cristal rompiéndose]

Oh lo lamento mucho. Preparo una cena especial mientras estoy al teléfono.

[Locutor]

¿Esperas una visita especial que te haga pecar esta noche?

[Mujer]

Así es. Tengo en mente sorprender a mi marido con algo romántico cuando llegue a casa. Parece tener un interés peculiar en el consumo exótico, así que le cocinaré pollo a la naranja.

[Locutor]

Entonces tendremos premio doble esta noche: una exquisita confesión y una receta como para robar nuestra alma. Estoy seguro de que habrá a la escucha más de una bruja de cocina...

[Interferencia]

Vaya, la tormenta sí que está furiosa hoy.

Como decía... Probablemente habrá más de una ama de casa interesada en aprender la preparación de nuevos platillos. Querida, ¿por qué no seguimos tu receta mientras continuas con nosotros?

[Mujer]

Me parece una buena idea. Aunque en realidad se debe usar pollo en esta receta, yo no pude encontrar ni una mísera gallina, al parecer las carnicerías y habían sido desfalcadas de los pollos antes de poder matarlos; grupos de mujeres que se los llevaban por montones. Pero por fortuna soy una mujer decidida... Me las arreglé para conseguir mi propia carne.

Preparamos la salsa: exprimimos naranjas en un bol, ponemos salsa de soja, dientes de ajo picados, un chorrito de vinagre, azúcar, harina de maíz para espesar y un poco de sal y de pimienta negra.

Entonces después del aborto mi marido no dejaba de culparme, y entré en una depresión mayor, me descuidé totalmente.

Subí de peso, se me cayó el cabello, algunos de mis dientes se pudrieron y mi piel se puso tan pálida por la falta de luz natural, que era como si estuviera cubierta por una capa de talcos. Parecía una bola de carne amorfa y desagradable, según las palabras de mi esposo.

A fuego medio, añadimos un chorrito de aceite. Cuando esté caliente añadimos la cebolla picada muy finamente. Salpimentamos y dejamos cocinar por cinco minutos, mientras removemos de vez en cuando con una cuchara.

Supongo que era algo natural que cualquier hombre perdiera el interés en el sexo si su esposa (incapaz de dar vida a descendencia) pasara a convertirse en una pila de excremento blanquecino y blando. Pero las mujeres no somos tontas, y sabemos muy bien lo que debemos esperar en situaciones así... aunque preferimos hacernos las estúpidas.

Después de unos minutos, subimos la potencia del fuego y añadimos la carne previamente

cortada en tamaño de bocado y salpimentadas. Mezclamos con la cebolla y sellamos los trozos de carne durante un par de minutos.

Yo no podía soportar su desprecio, y me marché a donde mi hermana. Me hizo ver a una terapeuta, que me dio medicamentos para mi depresión, y después de unos meses, cuando decidimos que podría intentar volver a mis días de antaño (incluso me motivó a revivir la relación con mi esposo), empaqué mis cosas y me dispuse a regresar a mi casa. Pero cuando llegué, aquel hombre con el que llevaba casada veinte años y su asistente me recibieron en la cama.

Una jovencita 15 años menor que él... Estaba ahí, chupándose la y ocupando mi lugar de la cama... Mi lugar.

Ni siquiera se inmutaron cuando me vieron, continuaron en lo suyo, hasta que terminaron y ambos se fueron. No me dijeron ni una sola palabra.

Es hora de mezclar la carne con la salsa. Bajamos la potencia del fuego y vamos cocinando a fuego suave, mientras mezclamos con la cuchara.

Esa noche me encerré y lloré todo lo reprimido por tanto tiempo...

Pero me descubrí pensando en que estaba harta de ser miserable. Toda mi vida había sido el suelo que otros pisaban.

Y entonces me di cuenta de que yo era la única capaz de quitarme la venda de los ojos. Y por supuesto que también podía divertirme y sentir placer.

Me duché y me vestí de lo más sensual... como jamás en mi vida lo había hecho.

Me aseguré de que no hubiera nadie en casa, preparé mi bolso y salí.

Cuando estuve frente a su puerta, la adrenalina casi me provocó retractarme de aquella decisión. Pero mi fuerza de voluntad pudo más. Pensé en cómo mi suerte con los hombres era un asco, así que decidí probar fortuna con las mujeres, y la primera en la lista sería aquella chiquilla impertinente... Pero a la vez tan deleitable.

Toqué el timbre, y bueno, lo demás fue una blasfemia. El mejor sexo de mi vida.

Aunque no me fue suficiente, no logró saciar esa hambre que tenía, necesitaba algo más. Por fortuna para mí, estaba preparada para la ocasión: llevaba lo necesario en mi bolso.

Pobre de aquella niñata desprevenida. ¡Ah! Parece que está listo.

[Ruidos de mascar y tragar]

Mmmm... Exquisita.

Desearía que pudieran probar esto...

[Locutor]

Tengo fe que alguna vez podamos. Tus pecados han sido expiados y tu alma puede descansar en paz ahora, «filia mea». Al parecer tendrán una cena memorable, disfrútenlo y bon appétit.

[Llamada finalizada]

[Locutor]

Espero que ustedes, mis queridos espectros, también tengan una buena cena.

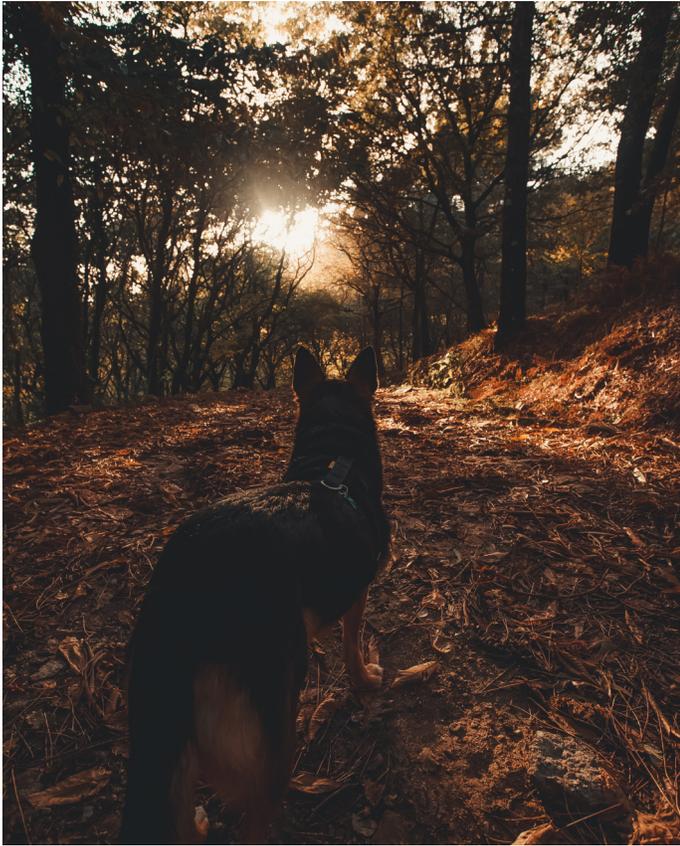
Los reportes de niños desaparecidos en el área siguen aumentando. Regresen pronto a casa, cierren las ventanas y aseguren todas las entradas, no querrán sorpresitas desagradables.

Manténganse en sintonía, que aún nos espera una larga noche.

Seguiremos atendiendo llamadas en breve.

[Pista musical]

[Fin de la grabación]



## Los perros del camino

Isabel Domingo

**T**uve que separarme de mi esposa a fuerzas y vivir en una casa donde solo murmuraban los grillos. Su canto mezclado con el rumor de un viento negro enmudecía a la jauría de perros que siempre oía correr por el camino rojo a la media noche. Siendo tan viejo y miedoso de salir yo solo y espantarlos, dejé que los perros se metieran hasta la cochera, que me robaran la calma y regaran la basura por el camino, como prueba de su palpable y feroz verdad. Aun así los consideré inofensivos, no había manera de comparar sus pequeñas travesuras contra las mordidas de los otros perros que habitaban mi antigua casa.

Cuando me fui a vivir para allá, nunca quise quitarle nada a los hijos de Irma, por muy

necesitado que anduviera o que tuviera la cara de pálido desahuciado, siempre fui comedido y no pedía nada. Me la pasaba ajeno a los problemas de su familia como un gato dormido siempre en el regazo de mi esposa.

Hasta que Joaquín, el mayor de los hermanos, se sentó a charlar con nosotros, más bien, a discutir con su madre a mitad del festejo que le habíamos armado a su hijo. Con una manía de loco se juntó una silla y su botella de tequila a la mesa, yo digo que lo hacía simplemente para despistarnos a todos. La familia andaba adentro, abriendo los regalos del niño e ignorando por completo la escena de su padre alcohólico y estúpido, amenazando a dos ancianos endebles con sus ojos inyectados de sangre y su horrible olor a carne y alcohol. Al principio Joaquín me ofreció de su bebida muy contento. Y fueron tres vasos de tequila los que me tomé, aun cuando sabía que el alcohol y yo no teníamos una buena conexión. Le acepté otros vasos más, hasta que la botella se secó. Durante el viaje de estar medio dormido por la fiesta a estar ebrio de tanto tequila y palabrería, noté cómo la conversación se ponía algo densa entre los dos. Irma le farfullaba cosas a Joaquín, el muchacho se ponía agresivo y le soltaba en cara los trapos sucios de su madre. Yo no decía nada, ¿para qué? Sentado y perdido me iba mejor, además era asunto de ellos, y yo había llegado treinta años después a sus vidas, no tenía por qué meterme. Lo dejé pasar, a fin de cuentas, nadie prestaba atención cada vez que me entraban ganas de ser directo.

—¡Tú no le vas a dar nada a este pendejo, Irma! —Joaquín alzó la voz y el cuerpo a su madre.

—Fíjese nomás cómo me habla, sinvergüenza ¡Es mi dinero y yo sabré a quién se lo doy y a quién no! —le recalcó Irma.

—¿Es que no estás viendo?! ¡El único que siempre se ha preocupado por ti he sido yo! ¿Y a mí me vas a dar más poquito que a este güey? —siguió gritándole a la cara—. ¡No mame jefa!

El muchacho se agarró de los cabellos y, en un ataque de ira, se sacó del bolsillo un cuchillito de cocina. Irma se quedó pasmada, y sin darnos tiempo de reaccionar, le soltó una puñalada a Irma en la mejilla. La silla de mi mujer se tambaleó y, de pronto, vi cómo su cuerpo caía de espaldas al piso armando un estruendoso eco. Joaquín y yo nos miramos asustados, me apresuré en recogerla con mis pies bailando de tan borracho que estaba. Joaquín se aprovechó de mi distracción para empujarme sobre Irma. Ya en el piso, vi cómo el canalla corría a meterse de nuevo a la casa. Irma estaba desmayada y yo no sabía con certeza si aún respiraba. Sus hijos llegaron rápido antes de que yo mismo pudiera levantarla, y me zangolotearon lejos de ella sin darme explicaciones. Joaquín venía junto a ellos señalándome de nuevo, con los ojos proyectados de veneno, una leve mueca de victoria renació de su rostro y nadie se dio cuenta. Todos se acercaron en mi contra y no entendía por qué.

—¿Qué le hizo a mi mamá, don Eusebio? —preguntó Clarita con enojo y cierta decepción en la mirada, de todos los hermanos, ella era la que menos se metía conmigo.

Mi lengua se engulló por ver a la mayoría de los hermanos rodeándome como si fueran a fusilarme o mucho peor. Joaquín se aprovechó de mi falta de carácter para meterles más mentiras en la cabeza.

—¿Y sigues dudando de mí, Clara? ¡Él se la chingó, ya se los dije!

Hice una expresión de asco al escucharle ladrar todo eso cual perro rabioso. Les grité a todos que no, que Joaquín había acuchillado a su propia madre por una maldita herencia de la que yo no ocupaba un solo peso, pero todos se hicieron los desentendidos y me dieron la espalda ignorándome de nuevo ¿no me habían escuchado? Les grité más fuerte.

—¡Fue Joaquín! Dios mío, escúchenme.

Nadie me hizo caso, las palabras sonaron ahogadas del susto al ver la cara de Irma sin piel que le cubriera parte de la mejilla.

El esposo de Clara y su hermano me jalaban tambaleante hasta la puerta sin dirigirme la palabra. Los esfuerzos que hacía para desprenderme de sus brazos eran nulos, yo ya estaba viejo, ellos apenas cumplían los veinticinco años. Me tiraron como animal hacia la banqueta y cerraron la entrada de un portazo.

Me empezó a dar una temblorina muy fuerte en los huesos, como calambres que se agarraban de mi cintura y no me querían soltar del suelo. Esos perros no se iban a preocupar por volver a abrirme la puerta, lo sabía desde luego y no me hice esperanzas. Por mero tino y gracias a mi suerte de inocente, las llaves de mi auto estaban guardadas en los bolsillos de mi pantalón. Busqué algo de ropa en la cajuela para cambiarme de inmediato la sangre que me reiteraba lo antes sucedido: un crimen del que me inculpaban los hijos de una pobre desdichada que me había arrastrado a su condena. Y después me fugué sin decir nada. Si ya no querían verme nunca más, les daría el gusto.



Como pude me renté una casa cerca de un desértico sendero en color rojo, y no supe si Irma logró recuperarse de aquello, quería imaginar que sí. La herida en su mejilla se notaba profunda. Recordaba con nitidez aquel corte tan salvaje desfigurándole las arrugas del rostro a causa de una ira desenfrenada, las recordaba junto a esos perros, mientras que ella se iba tiñendo de sangre en mis pesadillas.

Durante la primera semana me fue complicado adaptarme al lugar y no sentirme tan solo. Extrañaba a mi mujer, así como extrañaba nuestra casa y pasar el tiempo junto a los nietos. En ese lugar no pasaba ni un alma, mucho menos un niño. Por las tardes recorría el camino rojo de regreso a casa agotado por el trabajo, mi coche no cabía en el sendero. A veces me detenía a descansar en medio de la nada, con el sol todavía vislumbrando desde el cielo, haciendo que la piedra del camino se calentara y me humeaban las nalgas a la hora de sentarme. No le prestaba demasiada atención a eso, pues siempre pensaba en mi esposa y en cómo la vida se había encargado de distanciarnos para siempre.

Lo más extraño del asunto se vino meses después, cuando la tragedia se hizo más presente en mi vida como un injusto castigo por algo de lo que yo juraba no haber cometido.

No recibía la visita de nadie. Los perros continuaban haciendo de las suyas, pero ahora con mayor desenfreno y agudeza. Se colaban en mis pesadillas, despertándome con el ocre olor de la sangre. Y luego ¡Joaquín! Salía salpicando de muerte mi ropa con cara de verdugo de mi eterno colapso mental. Decidí cambiar por mi

propio bien los tapones para los oídos, por botellas de ron y somníferos que me impedían no saber nada de esos sueños hasta la mañana siguiente.

Empezaba a tener la impresión de que a cualquier lado que fuera, las cosas siempre se iban a empeñar en fastidiarme. Me sentí hastiado de todo, del camino a casa, que cada vez se hacía más largo, de mis piernas a las que les costaba caminar tanto, de mí mismo, tan asustado. Supuse que era por la edad, no podía ser más fracasado, quizá por eso los hijos de mi ex esposa me odiaban tanto. Eso lo afronté como algo normal, lo mismo pasa con los perros cuando los adoptas. Si los cuidas siendo cachorros te entretienen más, porque son manejables, pequeños y hasta podría decir que son más tiernos, sin embargo, no es lo mismo tener uno viejo al cual ya no le brilla el pelo y ya no juega o no come porque no tiene dientes para masticar. Los dos en contraste son muy distintos, como la vida y la muerte, a la muerte se le repudia y por la vida todos ruegan.

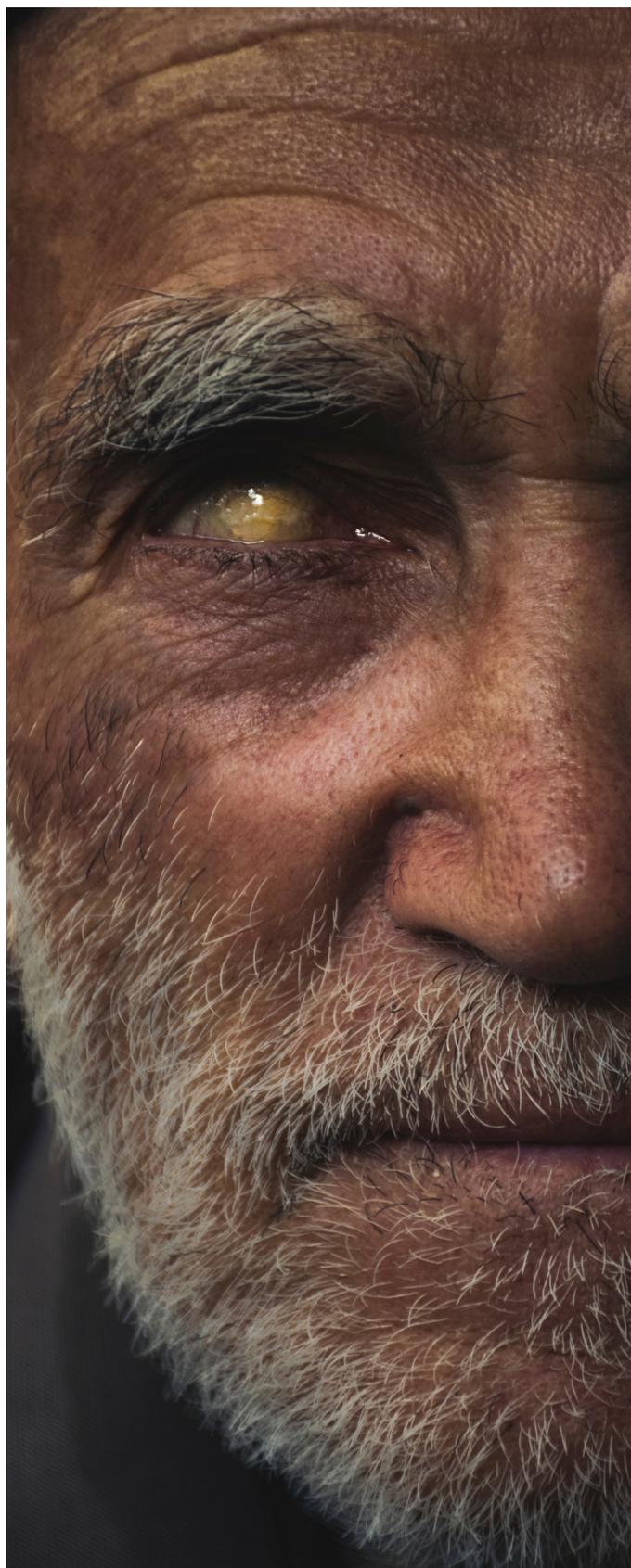
Una de varias noches me armé de valor con el alcohol encima y me arrimé a la ventana para ver el camino rojo indicándome otra vía de salida. Nada más se dejaba ver, ni siquiera uno de esos perros que dada la hora debían empezar a aullar como patrullas, así que muy enojado salí de la casa y bajé cuidadosamente la colina para no tropezarme con las rocas que abundaban en la entrada, sentí que no podría sobrevivir ni un minuto más viviendo ahí, solo.

Estaba tan enojado conmigo mismo por dejar que todo eso ocurriera y ser constantemente el espectador de mi vida, vida a la que odié desde aquel tortuoso instante. Por eso había desistido, seguir intentando huir de ellos solo me traería

más problemas, y ya era muy viejo para seguir viviendo entre penurias. No existía alguien que se preocupase por mí o me esperara en casa. Estaba yo solo frente al camino rojo con fuego en los ojos. Todo lo que formaba mi existencia se concentró en pensar solo eso, que la mayor parte del tiempo viví sintiéndome solo.

Sentí sangre corriendo entre mi cara y vi cómo algunas gotas caían hacia el suelo, combinándose del color rojo. Esa sangre no era mía. Me tambaleé hacia el sendero y caí sobre él, tal y como lo había hecho con mi esposa. La escena se repetía. Las puñaladas que Irma recibió. Su cabeza chorreante. La cara de Joaquín. Las acusaciones en mi contra. Cómo escapé del esposo de Clarita. Vi la cara de Irma consternada, estaba seguro de que no respiraba. Me levanté con la camisa ensangrentada. Cerré los ojos y volví a ver la camisa. Ahora estaba limpia.

Empecé a caminar como el primer día hacia lo más espeso del trayecto. La vista se ennegrecía a pesar de la luz que emanaba la luna. Cada vez que mis pies pisaban el suelo, estos eran envueltos por el cemento, como si el camino reclamara lo suyo o se negara esta vez en dejarme ir. El camino se manchaba de sangre, jamás había sido rojo. Oí a los perros aullar cerca de la entrada, a ese punto ya caminaba muy lejos de casa, maldije cuando sentí que se acercaban. Seguí corriendo hasta que mi impetuosa casa en la colina se convirtió en un vago recuerdo de lo que había sucedido, esta vez nadie me corría, yo estaba huyendo y nadie me iba a decir nada ¿para qué? Esos perros ya se habían encargado de matarme a mí también.





## La colmena

Christopher Legorreta

**A** Martín le gustaba quedarse con su tío Luis. Vivía con ellos porque su esposa lo había corrido de su casa y porque mamá tenía mucho corazón por sus hermanos y no podía permitir que uno anduviera vagabundeando por ahí; y aunque papá siempre lo trataba de un mantenido y bueno para nada, a Martín le caía bien; en parte porque su tío nunca fallaba en conseguirle regalos increíbles; una vez le regaló un reloj de bolsillo, de esos que supuestamente podían hipnotizar gente. Aunque, también, porque a diferencia de sus padres, tío Luis le daba más libertades.

Un día lo encontró tomándose una cerveza en la sala. Su tío le invitó a darle un trago. Martín le

repitió el sermón de su padre que decía que el alcohol no traía más que problemas, pero tío Luis dijo que por un trago no pasaría nada y eso fue suficiente para animar a Martín. La probó y no le gustó, se le hizo insoportablemente amarga. Después le dio a probar el tabaco. Fumar le gustó más que beber. Sus padres nunca le habrían permitido probar esas cosas. Se haría acreedor a un regañón por sólo insinuarlo. Así que Martín nunca dijo nada sobre esas libertades. Sin embargo, lo que más le gustaba hacer con su tío, y que tampoco le era permitido, era encargarse de las colmenas.

En el patio de la casa crecía un solo árbol de guayaba, al que las abejas siempre preferían para armar sus molestas colmenas. Cada dos meses aparecía una nueva, y cada dos meses papá salía a hacerse cargo de ellas; al menos hasta la llegada de tío Luis, que se ofreció a cumplir con la tarea. Martín le había insistido varias veces a su padre que le dejara salir con él para que se encargaran del panal juntos. Le encantaba ver cómo hacía la fogata para ahuyentar a las abejas con el humo, y pensaba que le encantaría aún más hacer la fogata por su cuenta. Pero a cada petición papá le decía que no, que por estos lados había unas abejas muy agresivas. Lo bueno es que tío Luis no era así.

La primera vez que salió con él, le enseñó cómo preparar la fogata y cómo acercarla a la colmena para reducir el peligro de que lo picaran.

—Las abejas andan en lo suyo. Nosotros no les importamos mucho. Así que si no las molestas, ellas no tendrán motivos por los cuales picarte. Si te clavan el aguijón, se mueren, así que se lo piensan muy bien antes de picar.

También le explicó, a su manera, por qué el humo ahuyentaba a las abejas.

—Es que las duerme. Como que las cansa y las duerme. Entonces las abejas se asustan y se van de la colmena. Y verás que se llenan la panza de miel antes de irse. Son inteligentes.

A Martín todo lo que le contaba se le hacía interesantísimo.

La segunda vez que salieron, Martín se encargó de todo y tío Luis sólo supervisó la operación. Así llamaba a esas salidas, operaciones, lo que le agradaba a Martín pues sentía que añadía algo de seriedad y rigor militar al asunto.

La tercera vez, tío Luis llamó a la puerta de Martín. Sus padres habían ido a visitar a una tía y, muy a pesar del padre, tuvieron que dejar al niño a cargo del tío.

—Hay una nueva colmena, muchacho. Vete preparando. —Le dijo en tono de comandante.

Martín se levantó de su cama y puso expresión severa. Bajó junto a tío Luis mientras él le daba detalles de la operación.

—Ayer en la tarde no sabía qué hacer. Estaba aburrido y miré por la ventana. Y que alcanzo a distinguir la silueta de una colmena, una silueta chiquita no la gran cosa. Esta mañana salí a comprobarlo, mira que nos tocaron unas abejas diferentes, estas son más grandes y como más amarillas, y construyen rápido, mucho más rápido, para esta mañana ya tenían el panal listo, pero son abejas al fin y al cabo y no podrán con el humo.

Salieron al patio. Martín llevaba unos pedazos de leña que había recogido en la cocina. Hizo una montañita con ellos y con la ayuda de un cerillo les prendió fuego. Fue moviendo la fogata lentamente y con cuidado hasta ponerla debajo de la colmena. Ninguna abeja se le arrimó. Como decía su tío Luis, ellas andaban en lo suyo. A los

cinco minutos comenzaron a caer; se atolondraban, iniciaban danzas precipitadas y terminaban por caer en picada. A los veinte minutos, las abejas ya habían huido y su tío ya iba para la cuarta cerveza. Destrozaron el panal y utilizaron sus restos como balón de fútbol.

—Buen trabajo, muchacho. Puedes retirarte. Te doy las gracias por tu honorable servicio. — Tío Luis se despidió con un saludo militar.

Martín subió de vuelta a su cuarto. Por la ventana observó que su tío seguía en el patio. Quién sabe si la que sostenía era la quinta o la sexta cerveza. Tío Luis se acercó a la fogata, el niño pensó que para apagarla, pero lo que hizo fue respirar el humo. Se está drogando, pensó Martín. Luis le había explicado en cierta ocasión que uno se podía drogar con casi cualquier cosa, aunque sus preferidos eran el pegamento y la gasolina. Aunque creía recordar que había mencionado algo sobre el humo. Martín dejó la ventana en paz y sacó sus juguetes para jugar. Volvió a mirar al patio a los quince minutos. Ahora estaba recostado contra el tronco del árbol, parecía inconsciente, pero respiraba, así que solo estaba drogado. Martín no le prestó más importancia y continuó jugando.

Tío Luis andaba experimentando unas alucinaciones muy coloridas. Incluso con los ojos cerrados, el color le traspasaba los párpados. Pero pronto se quedó inconsciente. Lo bueno es que para ese instante el fuego ya se había sofocado y salían los últimos hilillos de humo. Lo malo fue que algunas abejas que habían caído se despertaron un poco confundidas y enojadas. Intentaron regresar al panal, pero sorpresa, ya no estaba. Tendrían que construir otro. Una abeja se posó en la mejilla del tío Luis.

El cielo se teñía de los colores del ocaso cuando el tío Luis entró a la casa. Martín supo que había entrado por el horrible chillido metálico que producía la puerta. Después escuchó los pasos de su tío, pesados. No se interesó por salir a verlo, cuando se drogaba el tío se ponía medio raro y era mejor dejarlo solo. Pero al sonido de los pasos se le sumaron unos gritos que le pusieron los pelos de punta.

—¡Martín, ayúdame. Martín, por favor, ayúdame!

Nunca había escuchado a su tío gritar de aquella manera, con tanta desesperación y lo que parecía miedo. De hecho nunca, había escuchado a ningún adulto gritar así, lo que lo puso tenso y lo paralizó por la impresión.

—¡¡Martín, por favor, ven!! ¡¡Martín, por favor, ayúdame!! ¡¡Duele mucho!!

Los pasos comenzaron el ascenso por las escaleras. Un ascenso arduo y tambaleante y lleno de dolor, el cual era perceptible en aquellos pasos, y mucho más en aquellos gritos.

—¡¡¡Martín!!!

El niño no pudo más y abrió la puerta de su habitación. Pero no salió. Se quedó quieto en el umbral y con la mirada clavada en el pasillo que llevaba a su cuarto. Ya comenzaba a anochecer y la luz del sol se debilitaba, haciendo que el pasillo quedara parcialmente cubierto de sombra. Los pasos se hicieron cada vez más fuertes, junto a otro sonido que Martín no había distinguido antes, un sonido melódico. El tío Luis se asomó por el pasillo. Pero, ¿eso era el tío Luis?

Tenía forma de persona, eso sí. Pero la sombra le cubría la cara de forma que era complicado distinguir los rasgos. El tío Luis, o la cosa que se parecía al tío Luis, se fue acercando por el pasillo,

caminando trabajosamente y aguantándose el dolor.

—¡¡¡Martín!!! ¡¡¡Ayúdame que ya no puedo más!!!

Al tío Luis le iluminó parte del rostro un rayo de luz proveniente de la habitación de Martín. El niño notó que tenía la mejilla morada. ¿Se habría golpeado? Pero al acercarse más, notó algo extraño en esa mejilla morada. Era un hexágono. Un hexágono perfecto de color amarillo. A Martín le invadió una comezón en el cuerpo, como varios piquetes de insectos. El tío dio otro paso tambaleante y la luz iluminó todo su rostro por completo. Era una colmena. Desde la parte derecha de su cuello hasta su oreja el tío Luis tenía invadido el rostro de hexágonos amarillos. Hexágonos que escurrían miel y en los cuales se paseaban las abejas para incubar a sus larvas. Martín cerró la puerta de su cuarto y comenzó a hiperventilarse.

—¡¡¡No, Martín!!! ¡¡¡No me dejes afuera!!! ¡¡¡Duele, duele, duele!!!

El hombre colmena empezó a golpear la puerta de su cuarto. Martín se dio cuenta de que la puerta, con suerte, resistiría unas tres o cuatro embestidas, lo que lo asustó sobremanera e hizo que dejara escapar un grito. El hombre colmena venía a por él y cuando entrara...

—¡¡¡Ábreme, Martín!!!

Martín abrió la ventana de su cuarto a la vez que el seguro de la puerta desistió. El hombre colmena entró rascándose los hexágonos con fuerza, llenándose las manos de miel y sangre, y gritando, gritando muy fuerte, muy feo, muy insoportablemente feo. Y antes de que el hombre colmena lo pudiera agarrar, Martín brincó por la ventana y cayó, atolondrado por el horror. Y cayó en picada, como una abeja.



## La coleccionista

---

Sandra Rubí González Prado

Abril Cárdenas Contreras

En esa noche decidieron verse en casa de Carol. A pesar de ya haber tenido varias citas, Carol se ponía nerviosa por ver a Lilian, mientras que ella sentía ansias por ver nuevamente a Carol. Se habían conocido en línea y desde la primera vez que se vieron se llevaron muy bien. Las dos eran muy diferentes, pero, a la vez, congeniaban tan fácilmente que el ambiente era muy ameno cuando pasaban el tiempo juntas.

No habían dado con anterioridad el paso de verse en un lugar un poco más íntimo por las mismas cuestiones que conllevan conocerse en línea, sin embargo, Carol creía que la confianza

entre ellas había florecido de maravilla y se sentía dispuesta a conocer más a fondo a Lilian. Carol era morena de baja estatura y ojos expresivos, extrovertida, siempre brillaba con su presencia y su manera de ser tan elocuente generaba la confianza y aprecio de quienes la conocían. Al contrario, Lilian era rubia, alta, de expresiones faciales muy cálidas, un poco tímida y reservada, pero muy inductiva y analista. Una complementaba a la otra y eso les bastaba.

La morena la había invitado a tomar unos tragos en su casa; preparó la sala de estar hasta estar convencida de que se expusiera como un lugar apto para charlar. Se arregló y esperó nerviosamente a que su cita arribara. La rubia sentía las ansias por debajo de su piel, pues esperaba que la velada fuera diferente, más íntima, sublime. Llegó a la dirección acordada y esperó a que le abriera la puerta.

—¡Hola, Lilian! Me alegra que llegaras. — Saludó la más bajita, rodeándola con sus brazos efusivamente. Se encontraba nerviosa, pero a la vez emocionada.

— Es un gusto estar contigo, Carol. — Se despegó solo un poco para mirarla y sonreír. Acercando su boca a la suya, plantó un beso muy cerca de sus labios. Esta mínima acción fue suficiente para incrementar los nervios de la otra, que, sin saber qué más decir, solo se hizo a un lado, permitiéndole pasar.

Las dos se adentraron a la casa y Carol la encaminó al lugar que preparó para aquella cita. Se sentaron en el elegante sillón de la sala. Había decorado el cuarto de una manera minimalista, pero a la vez acogedor. Al frente de ellas dejaba a la vista una pequeña mesa rectangular de roble adornada con un mantel bordado a mano, velas y unas copas vacías. Lilian recorrió el lugar con su

mirada y se detuvo en las copas, hizo una muy pequeña mueca y las acomodó un poco. Después posó su tímida mirada en los ojos de su anfitriona.

## Carol

— ¿Y bien? ¿Qué te parece el lugar? — Pregunté con entusiasmo.

— Creo que retrata de una excelente manera a tu persona. Me gusta. — me respondió con un poco de vergüenza.

Charlamos sobre nuestro día y algunas cosas banales, disfrutando la compañía de la otra. Lilian me contaba cómo casi perdía su cartera esta mañana cuando divisó algo atrás de mí, haciendo que se callara súbitamente. Su expresión fue de asombro para después sonreír, haciendo que sus ojos brillaran con anhelación. Mi confusión ante tal reacción me hizo voltear involuntariamente hacia donde ella estaba viendo. En el pasillo tenía un mueble y encima de él se encontraba un muñeco de la anatomía humana. Sentí cómo se levantaba del sillón y vi que se dirigía hacia el artefacto.

— ¡Qué bonito muñeco! — Exclamó, pasando con delicadeza su dedo índice por el cuerpo, deteniéndose en el corazón. Sonrió. — ¿Dónde lo conseguiste?

— Era de mi abuelo, ¿recuerdas que te mencioné que era médico?

— Sí, sí. Qué increíble, yo encontré uno de estos en el sótano de mi casa cuando era pequeña. Me fascinaba contemplarlo y jugar con las piezas. Creo que eso fue lo que me impulsó a estudiar anatomía... Es hermoso ver cómo se constituye el cuerpo, ¿no lo crees? — Me miró con

ese peculiar brillo en sus ojos que no había desaparecido desde que vio el objeto.

— Ya lo creo. — Le sonreí con ternura. Esta faceta emocionada de Lilian me era nueva y me gustaba mucho que fuese tan apasionada hacia su trabajo como cirujana.

Se volteó hacia mí otra vez y, después de tocar por última vez el pequeño corazón del muñeco, se acercó y se sentó nuevamente junto a mí.

— Ah, casi se me olvida para qué traje las copas. — Mencioné al posar mi mirada en ellas. — ¿Gustas algo de vino?

— Claro, me encantaría. — Dijo sonriendo, volviendo a esa faceta tímida.

— Muy bien, iré por el vino. — Le dije parándome del sillón.

Me dirigí a la cocina en busca de la bebida que le había prometido a mi acompañante. Abrí la puerta de la alacena donde guardaba un par de vinos y, después de unos cuantos segundos de reflexión, decidí llevarle el vino blanco, pues lo creía conveniente para la situación. La cita estaba yendo de maravilla y quería que todo siguiera bien. Regresé feliz enseñándole la botella. Acto seguido, me senté y tomé las copas para servir las. Apenas había llenado una cuando Lilian me interrumpió.

— Carol, disculpa que te moleste, pero ¿no tendrás vino tinto? Lamento que ya hayas servido una copa del blanco, pero se me ha antojado más el otro. — Comentó apenada, jugando con sus manos.

— Claro, no pasa nada, entonces yo tomaré este y a ti te serviré del tinto. Ahora vuelvo. — Guiñándole un ojo me devolví a la cocina en busca de la bebida. Era tan tierna, no debería darle pena pedirme las cosas, aunque siendo

honesto, me gustaba mucho que fuera de esa manera.

Volví a entrar a la sala con la botella de vino tinto. Le serví en su respectiva copa y las chocamos en forma de brindis. Mirándonos directo a los ojos, las llevamos a nuestras bocas y tomamos. Entre risas, chistes y charlas me la fui terminando hasta quedar vacía. No me di cuenta si me tomé el líquido demasiado rápido o si había perdido la resistencia al vino, pero me empecé a sentir apesadumbrada, somnolienta. Mis ideas dejaron de conectarse concretamente y mi mirada se intercalaba entre imágenes enfocadas y completamente difusas. Veía a dos Lilian acercarse a mí y suspirar...

—Dulces sueños, Carol. — Soltó una pequeña risa que hizo eco en el interior de mi cabeza; ella fue lo último que pude ver, sentir y escuchar antes de caer dormida en un estado de confusa inconsciencia.

## Lilian

Las horas han pasado, ¿cuántas exactamente? ¿cuánto tiempo llevo mirando su cuerpo desnudo tendido en el piso delante de mí? Veo su pecho subir y bajar de manera lenta, ya debería haber despertado, ¿me habré excedido con los medicamentos? No, no es eso, quizá fue el golpe que se dio en la cabeza cuando cayó al suelo. He tenido cuidado al momento de atarla, aunque los guantes me limitaran un tanto, no quiero más errores, no puedo cometer otro.

Preparo todo lo que voy a usar a continuación, el cuchillo que saqué de su cajón, los frascos

destapados del más grande al más chico, todo debe estar en su lugar para cuando ella despierte y me mire. Ansío esa expresión de terror antes de la mirada vacía, debe mirarme hasta el final, ¡debe hacerlo! Así tenga que arrancarle los párpados para que lo haga...

Tomo asiento enfrente suyo para mirarla de cerca, justo empieza a despertar, se ve tan desorientada, sus ojos viajan de mi a todo lo que tengo preparado para ella. Puedo sentir su miedo, se refleja en sus ojos que me gritan, mas de su boca no sale ningún sonido, ni siquiera se mueve. Lo planeé todo con tanto cuidado. No me molesto en hablarle, simplemente le sonrío de la manera más dulce que puedo y me inclino para besarla, sus labios todavía saben a vino blanco. Observo como sus ojos se llenan de lágrimas. Oh, cariño, llorar no te ayudará esta vez, solo arruinarás tu maquillaje.

Es una pena que sea yo quien se lleve toda la diversión esta noche. Me levanto y con lentitud agarro el cuchillo, estoy preparada para lo que se viene; el desastre, la sangre, toda esa sangre... Lástima que no podré escucharla gemir de dolor. Como sea lo pienso disfrutar.

Mis movimientos lentos están llenos de sensualidad, pienso seducir a la muerte esta noche, bailaremos hasta el calor del amanecer, voy a complacerla, no... ella me complacerá a mí. El calor que me recorre me llena de vitalidad, giro su cuerpo y la recuesto de espaldas, me coloco encima de sus piernas, sigue llorando, qué delicia... Estoy tentada a pasar mi lengua por su mejilla para recolectar sus lágrimas, pero me contengo. Subo sus brazos por encima de su cabeza, comienzo a sentir la humedad entre mis piernas, estoy muy impaciente. Descuida, cariño, no va a dolerte, pero vas a estar consciente;

disfruta el espectáculo. Acaricio su cuerpo con una mano mientras que la punta del cuchillo se pasea por su estómago, respiro profundo preparándome para empezar, aplico más presión y logro sentir cómo el cuchillo penetra su piel morena y me estremezco.

La sangre empieza a salir y salir sin control, se resbala hacia el suelo, eso va a dejar una mancha. Empujo más profundo y entonces, con fuerza, deslizo hacia la derecha para abrirme paso dentro suyo. Me mira con terror, no puede moverse, no puede hablar, pero sus ojos me lo dicen todo, me maldice, pero pide misericordia «por favor, por favor». Pero yo no soy misericordiosa. Abro su carne lo más que puedo. Necesito espacio, cuando lo consigo, dejo el cuchillo a un lado y meto mis manos, puedo sentir el calor que irradia su cuerpo todavía, tomo su intestino y tiro caos de él, dejándolo expuesto, poso mi mirada en sus iris, el final se acerca.

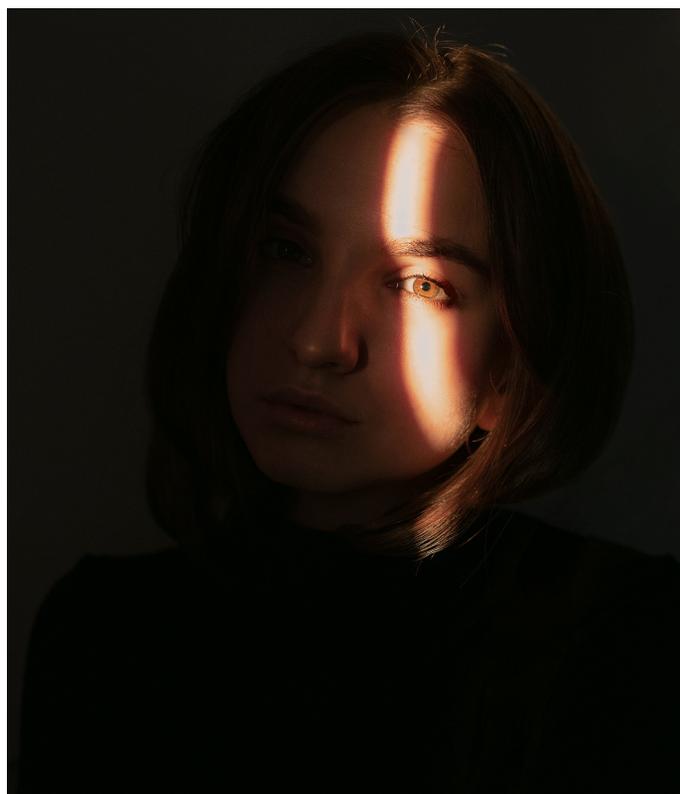
Termino de sacar su intestino y paso al siguiente, cortando y dejando a un lado, ahora hay más espacio. Saco un riñón y luego el otro, debo asegurarme de que estén en buenas condiciones, pero solo uno me gusta. Con cuidado alcanzo uno de los frascos y lo coloco dentro, cierro la tapa de inmediato y pongo el otro junto a sus intestinos. Esos ojos que antes me gritaban y suplicaban ahora están callados, vacíos. El color café lentamente empieza a volverse grisáceo, pero me mira. Fui lo último que miró. La muerte me sonrío a lo lejos, deseosa, complacida.

El olor a carne cruda inunda la habitación, sangre, huele a carnicería. Irónico. Vuelvo a meter mis manos dentro suyo, escarbando hasta encontrar lo que deseo, su corazón, es de buen tamaño, necesitaré romperle las costillas para

poder sacarlo. «Crack, crack, crack». Eso es, por fin puedo sostenerlo con mis manos. Esto casi termina.

Me inclino un poco para tener cerca su rostro, al analizarla un poco decido que quiero esos ojos, meto la punta del cuchillo con cuidado de no dañarlos hasta que salen y puedo cortarlos: los meto en otro frasco. Pero no es suficiente, quiero algo más, ¡ya sé! Tomaré su lengua, qué premio tan erótico me he ganado.

Cuarenta minutos después, hay cuatro frascos colocados por encima de su cabeza en este orden: ojos, corazón, lengua y riñón; me deshice de lo demás, no iba a dejar que arruinaran todo. No es suficiente, así que me pongo a limpiarla, debe quedar inmaculada, debe verse perfecta. Admiro su cuerpo (o lo que queda de él) algo azulado, es mi mejor trabajo hasta ahora, me siento orgullosa, caliente, casi satisfecha. Digna de admirar. Tomé el frasco con sus ojos con mucho cuidado y lo levanté, haciendo que esos orbes se fijaran en mi obra maestra. Esta fuiste tú...





## La maceta

---

**Emiliano López**

**R**ecuerdo cuando mi madre perdió a mi hermanito. Las enfermeras corrían por toda la casa, atravesaban el patio central desesperadamente con las batas y las manos llenas de sangre. Desde mi recámara, podía escuchar los gritos de la mujer que me dio la vida, que hacía un intento desesperado por traer sano y salvo a su hijo no nato. Luego de unos minutos de suplicio, los desgarradores aullidos cesaron y reinó un silencio abrumador, silencio que se adhirió permanentemente a la casa. El doctor dijo que fue un milagro que la señora siguiera con vida; después de eso, no podría tener hijos nunca más. Pasé meses sin saber de ella, los médicos la aislaron en una habitación para llevar su

recuperación, nadie más a excepción de mi padre y el personal podían entrar a ese lugar.

Crecí sin madre. Mi padre todo el tiempo estaba fuera de la casa. Quien me cuidaba era Patricia, la niñera, ella siempre me alimentaba y me consolaba en los momentos en que la soledad se volvía insoportable. No recuerdo haber tenido muchos amigos, los niños del barrio decían que mi casa estaba maldita. Mi única compañía eran las plantas y los pájaros del jardín arabesco que se imponía en medio de la casa. Soñaba despierto que viajaba entieras lejanas y exploraba laberintos de hierba interminables, pero pronto el llamado de Patricia para la cena o los pasos apresurados de los enfermeros me sacaban del idilio. Aunque estaba solo, vivía tranquilo y la única regla que se me exigía terminantemente, era que por ningún motivo entrara a la habitación del fondo del pasillo, en donde se encontraba convaleciente la que un tiempo atrás me llamaba para comer o me deseaba con cariño las buenas noches.

En mi monotonía, desarrollé una obsesión con aquel lugar prohibido. Cada día que pasaba me intrigaba más los secretos que se me ocultaban. Cuando le preguntaba a Patricia por mi madre me callaba y me advertía sobre mis averiguaciones, me pedía que nunca le mencionara eso a mi padre, ya que las consecuencias serían severas. Una mañana de domingo, después de tomar el desayuno, supe que Patricia iría de compras al mercado. En ese momento vi una oportunidad para cumplir mi cometido y echar un breve vistazo en la habitación de mi madre. Fingí una pertinente normalidad para no levantar sospechas, escuché como mi niñera cerraba el portón de la entrada, y esperé un minuto más para cerciorarme que sus

pasos se alejaban por la vereda. En ese momento me dirigí a hurtadillas por el salón, llegué al pasillo y procurando el mayor de los silencios en mi andar, me acerqué a la puerta designada. Sabía que lo que hacía era incorrecto, y me imaginaba la reprimenda que me pondría mi padre después de esto, pero el misterio y la nostalgia infantil de ver a mi madre lo valían. Al llegar, asomé un ojo por la rendija de la puerta.

El cuarto estaba sucio y amarillento, me percaté que el ambiente olía levemente a orines y se escuchaba un zumbido incesante de moscas adentro. Mi visión era limitada, pero recorriendo cada espacio fue que la vi, estaba postrada en la cama, a su lado crecía una torre de platos sucios sobre la mesa de noche. Su cara era muy delgada, estaba desnutrida, al principio me conmovió la diferencia de sus facciones a las que yo recordaba desde siempre. Me mantuve agazapado en la oscuridad de las paredes y agudicé mi oído. Alcancé a escuchar que tarareaba débilmente una canción, una canción tierna que se tornaba extraña en medio de ese entorno de enfermedad. Volví la mirada a su figura, al centrarme un poco más, me di cuenta de que cargaba en sus brazos algo que cubría con una sábana blanca. Al apoyarme demasiado contra la puerta, al estar sin el seguro, cedió ante mi peso y se abrió completamente. Me quedé paralizado en un miedo que no podía comprender. Al percatarse de mi presencia, ella paro de cantar y me lanzó una mirada vacía, llena de indiferencia. Se incorporó como pudo, tambaleándose por su debilidad, pero sin soltar el objeto que cargaba. La dismorfia facial que había sufrido no se comparaba con la de su cuerpo, lo que en algún momento fue una mujer robusta y saludable ahora se asemejaba a un cadáver andante, al cual

se le marcaban las articulaciones bajo la piel. Caminó lenta y torpemente hasta el umbral, yo permanecía petrificado, algo en mí pensaba que esa mujer, ahora desconocida, gritaría y me atacaría violentamente. Nunca me quitó la mirada de encima, parpadeaba muy poco. Al llegar frente a mí, solamente dio un suspiro y cerró la puerta. Escuché como volvía a su cama y retomaba su tarareo. Jamás volví a acercarme a ese lugar.

Los días que siguieron los recuerdo muy sombríos. Mi madre no salía de la cama y siempre cargaba con ella su manta blanca. Mi padre seguía en su trabajo todo el día y les pagaba a Patricia y a unas enfermeras para que se encargaran del cuidado y aseo personal de la señora. No me dejaban estar cerca de ella, mucho menos saber que era lo que tenía en los brazos. Un día escuché a Patricia hablar con mi padre. Estaba muy preocupada, decía que ya había demasiadas moscas en la casa y que no podían trabajar más en esas condiciones. Esa misma noche alguien discutía en la habitación al fondo, la voz de un hombre ordenando deshacerse de todo y sobre está, lamentos cavernosos y guturales de una mujer. El silencio ya no era tan frecuente. A la mañana siguiente las moscas habían desaparecido.

Cuando cumplí nueve años, mi madre comenzó a salir de su cuarto. Por orden de ella, unos jardineros arreglaron el patio y acomodaron las plantas en macetas nuevas, traídas del vivero local. La casa se llenó de vida, las sombrías paredes y columnas de piedra se iluminaron y parecía que todo mundo olvidaba la tragedia de mi hermano. Mi mamá salía todas las mañanas a regar las plantas, pero tenía trato especial con una; recuerdo muy bien cuando la metieron por

el salón. Era una maceta enorme, similar a una urna griega, la cual estaba decorada por imágenes de mujeres desnudas y vides. Al principio solo tenía tierra húmeda, pero con el tiempo comenzó a crecerle un retoño de tallo morado con hojas moteadas. Poco a poco veía como mi progenitora se recuperaba físicamente, pero su mente seguía perdida. Mi madre regaba esa planta todos los días. En una ocasión me di cuenta de que vertió sobre esta, una jarra de leche; el líquido blancuzco discurría por las purpureas hojas de la planta que exudaba un olor un poco desagradable. Solo la señora de la casa podía cuidar esa maceta, cada tercer día la bañaba con una jarra de leche y esta poco a poco iba creciendo; cuidaba más a esa planta que a su propio hijo, a mí apenas me dirigía la palabra. En una ocasión, bajo la luz de la luna, pude ver como discretamente rociaba en la tierra de aquel objeto, gotas de su propia sangre, ordeñadas desde su dedo índice. Mientras hacía eso escuchaba leves tarareos que surgían de su garganta.

Cuando cumplí diez años mi padre se fue de la casa. El cuidar a una persona con problemas mentales es sumamente difícil, la pequeña fortuna que poseíamos se había mermado por los cuidados personales que procuramos para mi madre. Ella jamás se recuperó, no recuerdo la última vez que se dirigió a mí con cariño, lo único que hacía todo el día era cuidar de sus plantas o enclaustrarse en las habitaciones por largas horas; sé que mi padre numerosas veces planeo meterla a un sanatorio, pero los maltratos que la gente ahí sufría eran indecibles, y por más alienada que estuviera, el señor prefería que su esposa estuviera bien atendida, por el amor que alguna vez le tuvo. Respecto a mí, iba por las

mañanas al colegio y por las tardes volvía a mi hogar a la hora de la comida, aunque prefería estar fuera a pasarme la tarde escuchando los delirios de los cuartos del pasillo. Patricia seguía conmigo, ella era quien en verdad me cuidaba y le tenía un gran cariño, cada mes se veía con mi padre para que le diera su paga correspondiente e informarle sobre cualquier novedad. En esos tiempos los pisos siempre estaban llenos de tierra. Por las noches, se oía como la señora movía las macetas de un lado al otro en sus efusivos ataques. En ocasiones Patricia se quedaba en mi habitación para calmarme, cuando las noches se volvían ruidosas y confusas, fue la madre que nunca tuve; ella siempre me decía que quería hablar con mi tutor, para que ella cuidara de mí, afuera de ese lugar, pero yo siempre le negaba sus propuestas. Me generaba un pesar abandonar a aquella mujer desahuciada, aquella mujer que en algún momento fue cercana a mí y me dio la vida, aunque ahora solo fuese madre de las sombrías plantas que invadían el patio central, las cuales años atrás parecían hermosas y ahora se asemejaban a una plaga creciente. Una madrugada, volví a escuchar los cantos y murmullos que venían desde el patio. Yo no entendía que pasaba y decidí recostarme y cubrirme con mi sabana hasta quedarme dormido. Antes de conciliar el sueño, escuché un golpe contundente, como si se hubiera caído una maceta en el jardín.

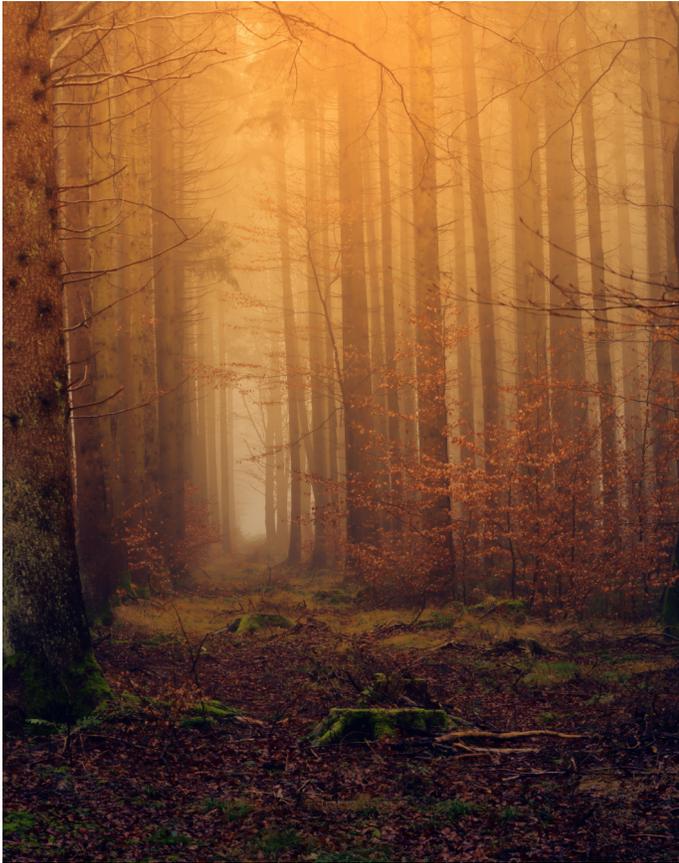
Al día siguiente, el lugar estaba completamente solo. Desperté más tarde de lo habitual, al salir de mi habitación vi a una hermosa mujer que arreglaba las plantas, muy bien vestida y cuidada, tenía una falda larga de lunares rojos y un sombrero de campo sumamente pulcro. Esa extraña y elegante mujer era mi madre. Cantaba y

reía, no se parecía en absoluto a la persona que le temí durante tantos años, a aquella figura que pensaba perdida, a la mujer que llenaba esa casa de locura y tristeza. La veía acomodando su enorme maceta especial, parecía que le había puesto fertilizante, pues tenía un olor muy fuerte. Pasé a un lado de ella y escuché una voz que decía – Buenos días, hijo. – Yo seguí de largo, fingiendo que no había oído nada. Fui a buscar a Patricia en la cocina, pero el lugar se encontraba vacío. La busqué por todas partes de la casona, pero no estaba en ningún lugar. No me quedó más opción que preguntarle a mi madre su paradero. Con la mayor diligencia, me acerqué a ella, silencioso, como cuando alguien se le acerca a una fiera desconocida. Notó mi presencia y volteó la mirada hacia mí, sonriendo pacíficamente. Con una voz temblante le formulé la pregunta y de la forma más amable me dijo – Hijo, qué mal que no te haya avisado, Patricia se fue. Ella tenía que cuidar de otro niño que lo necesitaba mucho más, un niño que se quedó sin madre. Me dijo que te desea lo mejor y que te cuides mucho, que siempre estaré yo para hacer tus desayunos y ayudarte con todo lo que necesites. Debes de sentirte afortunado que tienes una madre que te quiere mucho, cariño. –

No podía creer lo que pasaba frente a mí. Parecía que no recordaba nada de lo sucedido con la pérdida de mi hermanito, ni las moscas, ni el malestar, ni los gritos nocturnos. Parecía que ella hacía su vida con normalidad, antes de que las desgracias ocurrieran. No entendía nada de lo que pasaba. Por más que quise indagar, no supe el porque de su repentina transformación.

A los pocos meses mi padre volvió. Mi mamá y él se reconciliaron y yo crecí en un entorno saludable, como cualquier otra persona. Se

contrató nuevo personal en la casa y todo marchó con normalidad. Al cumplir los dieciocho años me fui de esa casa y de esa ciudad. A pesar del tiempo, el lazo que existe entre mi madre y yo es sumamente extraño y en ciertos momentos me genera terror. Veo muy poco a mis padres y cada vez que regreso a aquella casa me siento muy incómodo. No puedo dormir bien, siempre estoy atento a los ruidos de la noche, también detesto la jardinería y todo lo que tiene que ver con ello. Asistí a regañadientes con un terapeuta a la capital, me dijo que tenía un malestar llamado estrés postraumático y tuve que seguir su consulta por varios años para aliviare el malestar. Ahora tengo cincuenta y seis años. Recibí la noticia de que mis padres estaban muertos. El primero fue mi padre, un paro respiratorio y a los pocos meses le siguió mi madre con un ataque al corazón, o como coloquialmente se dice, murió de pena y acompañó a mi padre en su camino a la otra vida. El abogado de la familia se contactó conmigo por dos razones sumamente importantes. La primera era que la casa y todo lo que estaba adentro quedaba a mi nombre, según los papeles estipulados. La segunda, es que la policía había llegado al lugar, ya que uno de los jóvenes empleados de mis padres, intentó mover las macetas para limpiarlas y una de ellas se quebró. Era una maceta grande, similar a una urna griega decorada con vides y relieves de doncellas. Adentro había una extraña planta de tallo púrpura y hojas moteadas, la osamenta de un recién nacido y el cadáver de una mujer en posición fetal.



## Carne

---

### Paloma Luna

Un laberinto verde lleno de vida, rodeado de largas montañas por donde sopla un frío viento. Un bosque empapado de misterio donde todos aquellos con el don del arte han creado sus mejores obras y se han llenado de renombre. Posee paisajes tan bellos que parecen arrancados del paraíso. Un perfecto lugar para caminar de día, pero al desvanecerse el sol, la gente huye de este lugar, pues es muy probable que se pierdan dentro. Aquellos que viven a sus afueras lo idolatran y temen por igual, pues los expedientes de personas desaparecidas dentro se siguen apilando.

Pasaba el dedo por encima de las fotografías sin prestar demasiada atención a lo que aparecía

en ellas, hasta que una le llamó la atención: era la foto del bosque, entrando a los hashtags del post encontró más, en plena mañana o casi al anochecer, pero ninguna del amanecer. Al notar esto, una idea se cruzó por la mente del joven, quería ser el primero en lograr tomar una fotografía así de perfecta y que su nombre estuviera en boca de todos por ser tan joven y osado. Con esta idea en mente, decidió juntar a sus amigos y adentrarse al bosque. Eran cuatro, Jacobo, Francisco, Bernardo y Samanta. Jacobo, además de ser el mayor, era el líder de los demás por tener más experiencia acampando, por ello llevaba la tienda en su mochila y una brújula. Cada uno traía algo diferente en su equipaje: Francisco la linterna, cámaras y material de curación; Samanta, la comida y la bebida por ser la más delgada y la que no se terminaría lo que llevaba en la mochila durante el camino y, por último, Bernardo con las bolsas de dormir, pues él mismo era bastante «brumoso». El pasar la noche dentro era esencial para su tan querido proyecto. Comenzaron su caminata al mediodía, decidiendo que entrarían por el norte, así sus brújulas les marcarían la salida cuando fuera el momento adecuado.

Todo parecía ir de maravilla, hasta que el bosque se volvió más húmedo, provocando que una espesa niebla se levantara complicando el camino.

—Quédense juntos —Jacobo exclamó antes de dar un paso más. —¡Uno! —gritó, intentando que los demás le contestaran.

Pero no hubo respuesta de ninguno, era como si el bosque se volviera más hostil con cada minuto que pasaba y se tragara el sonido a propósito. Una voz débil pudo hacer su camino entre el silencio del bosque hasta los oídos de

Jacob: “Dos, Dos, Dos”. Alguno de sus amigos le devolvía el número. Desesperado, extendió los brazos al frente, sintiendo la oscuridad entre sus manos hasta que por fin encontró los hombros de uno de ellos. Era Francisco, el más inexperto. A pesar de no ser uno de los más útiles en esa situación, se alegraba de verlo, tanto que lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Jacob, eres tú? —Francisco preguntó incrédulo, pues el contrario no era muy cariñoso.

—Sí, no sabes cuánto me alegra encontrarte ¿Tienes idea de donde puedan estar los demás?

—La verdad no, lo último que vi es que te estábamos siguiendo todos —al oír la respuesta, Jacobo no pudo evitar hacer una mueca y tomar a su ahora único compañero del brazo para no volver a dispersarse.

—Tienes la linterna ¿no? —continuó con determinación en su tono de voz, pensaba buscarlos.

—Sí-sí —tartamudeó, le daba escalofríos la actitud tan valiente que siempre poseía Jacobo.

Hurgó en su mochila en búsqueda de la lámpara, pudo sentir todo lo demás que llevaba, los lentes para la cámara, la propia cámara, el trípode, hasta que en lo más profundo de su mochila color mostaza pudo encontrar el preciado objeto que prometía sacarlos del apuro. Al extraerlo, deslizó su dedo pulgar por todo el mango en busca del botón de encendido, lo presionó con fuerza esperando que un rayo de luz iluminara sus botas de montaña. Pero nada pasó, dio un golpecito con su palma a la linterna, nada aún.

—No me digas que la tiraste —la voz ya incluso profunda de su compañero se volvió rasposa, estaba comenzando a impacientarse,

algo que de por sí era común en él y en esta situación sólo parecía haber empeorado.

—Nn-no es eso, solo que no e-enciende —replicó mientras sacudía su cabello cobrizo hacia atrás para quitárselo de la cata y luego sacudía la linterna.

—¿Es que acaso eres pendejo!? ¡Te dije una y otra vez que le pusieras pilas nuevas, carajo! — toda su ira y angustia era ahora dirigida al chico con cabello de amanecer.

—¡No me grites! ¡Yo le puse pilas nuevas, es la linterna que no quiere encender!

Su compañero bufó, intentando contenerse, no era el momento para explotar y alejarse de las personas, necesitaban estar juntos. Dio tres respiraciones profundas con la intención de apaciguar ese incendio interno de odio.

—Bueno, intentemos otra cosa —comenzó mientras sacaba su brújula, pero al mirarla se dio cuenta de que la aguja no apuntaba al Norte, sino que daba vueltas sin parar.

—¿Por dónde debemos ir? —preguntó el pelirrojo

—No lo sé, la brújula no se decide —probó golpeándola suavemente con la palma, aun así, la brújula no se detenía y para ese momento ambos comenzaban a sentir hambre. El tiempo era incierto, los relojes de sus muñecas marcaban horas distintas y cuando quisieron ver la hora en sus celulares, se llevaron una gran sorpresa al encontrarlos descargados, a pesar de que antes de bajar de la camioneta se aseguraron de tenerlos al 100 %, el bosque no quería que nadie supiera nada.

La noche no parecía avanzar, las estrellas se mantenían fijas en un solo punto, como si la tierra se hubiera detenido. Un sonido llamó la atención de ambos, el sonido de alguien que

caminaba con firmeza ¿Eso que habían visto era un reflejo plateado? ¿Sería el cabello platinado de Sam? ¿Estaría buscándolos con su maravillosa mochila llena de comida? Sin pensarlo dos veces, Francisco comenzó a caminar hacia los pasos que caminaban con firmeza, con tanta fuerza como solo lo hacía Sam.

—¡Oye! ¿Qué haces? Debemos permanecer juntos y quietos —reclamó Jacobo jalando a Francisco de su chamarra color rojo.

—Acabo de ver el pelo de Sam, vamos, está caminando hacia allá, te lo juro —se apresuró a decir su compañero mientras tiraba de su chamarra con tanta fuerza que incluso pudo escucharse un ¡Crack! De las costuras rompiéndose.

Sin más remedio, Jacobo comenzó a seguirlo mientras gritaba el nombre de su amiga. La caminata no hizo más que adentrarlos al bosque y cansarlos, pero ya no importaba, una cabaña iluminaba un pequeño espacio con su luz anaranjada, cálida y acogedora. Tenía la puerta abierta, invitando a cualquiera a entrar, y de ella emanaba un dulce aroma de que algo estaba cocinándose. Los ojos de Jacobo, grises cual nube de tormenta, reflejaron felicidad al ver la cabaña mientras su compañero había dado un suspiro de alivio. Estaban cansados y hambrientos. Esa noche estaba siendo una pesadilla y apenas comenzaba.

Sin vacilar, decidieron adentrarse al lugar, la madera crujió bajo sus pies y, frente a ellos, encontraron una cabaña con un estilo rústico, llena de muebles de madera con figuras geométricas talladas a los lados a forma de decoración, muebles mullidos y una cocina donde un fuego crepitaba bajo la parrilla mientras cocinaba la carne que había sobre ella.

Largos trozos de jugosa carne con lo que parecía una especie de salsa agridulce que les daba un color ámbar, delicioso y crujiente. Ambos jóvenes se aproximaron a la comida, embelesados por su aspecto e hipnotizante aroma. Tanta fue su admiración que no había cruzado por su cabeza nunca el pensamiento de que sus amigos seguían en el bosque perdidos, ni tampoco repararon en los mechones de cabello platinado que permanecían en un rincón. Todo lo que su mente les dictaba era que comieran, que no dejaran nada. Y así lo hicieron, comieron cuales bestias aquella carne. Pero, a pesar de su robusto aspecto; no conseguían llenarse, de hecho, solo había aumentado su apetito, para su mala suerte se había terminado la carne y las preciosas alacenas decoradas con flores talladas, estaban vacías, al igual que el refrigerador.

—¿Qué es lo que haremos? —preguntó Francisco con un tono de preocupación, sentía que moriría de hambre si no probaba otro bocado de carne.

Su compañero frotó su cabello negro hacia atrás pensando en una solución para ese nuevo problema que se les presentaba. Observó la cabaña, el candelabro rústico con sus luces anaranjadas en busca de respuesta alguna.

—Quizá alguien venga —resolvió sentándose en el sillón, relajando su mente—. Algún guardabosques, supongo que a él le pertenece esta cabaña.

De nuevo, su plan de esperar estaba en marcha y no daba frutos, nadie venía, no podía escucharse ni un solo sonido fuera de la cabaña, el viento parecía paralizado, no había luna y las estrellas parecían apenas haberse movido un poco. Comenzó la desesperación en el ambiente, sumado a la urgencia por comer, la sensación de

vacío en el estómago, el gruñir de sus tripas cual perros salvajes, todas esas sensaciones terminaron por hacer que la paciencia de Jacobo se colmara. Levantándose con un bramido, se dirigió a la cocina en busca de un cuchillo afilado, pero en su camino, sus ojos pudieron ver de soslayo, un kit de navajas y cuchillos para caza, aquel que vivía ahí comía lo que el bosque le ofrecía.

—Vamos, cerillo; me ayudarás a cazar —ordenó el chico de cabello como la noche, con esa energía demoledora que poseía. A decir verdad, no esperaba obtener respuesta del pelirrojo, sabía que tenía un carácter más bien dócil y para nada violento.

—Bien —resolvió el otro sin pensarlo.

Resolvieron cazar juntos para aumentar sus probabilidades de tener éxito, para no perderse, cazarían a unos metros de la cabaña, donde podían divisar sus luces con rapidez y así volver a ella. El silencio los gobernó a ambos, hasta que pudieron escuchar un movimiento entre la espesura del pasto, no dudaron y comenzaron a perseguir al animal que al escuchar los pasos detrás de él corrió hacia la oscuridad. Estaban a punto de perderlo, su oportunidad de comer huía. Jacobo no iba a permitirlo, corrió a toda velocidad con el cuchillo en mano hasta que pudo sentir que este se hundía en el animal.

Y el silencio reinó, no hubo ningún grito, ningún chillido de parte del animal, solo silencio o eso creían los chicos pues en sus oídos no resonaba nada más que el pasar del viento. En medio de la oscuridad les era imposible saber qué clase de animal habían cazado, solo sabían que era grande y pesado, tanto que necesitaron de toda la fuerza de ambos para llevarlo hasta la cabaña. Ante la tenue luz que salpicaba hacia

afuera por las ventanas, notaron lo desastrosos que habían sido, estaban cubiertos de sangre, parecían verdaderos carniceros.

Al llegar a la entrada, notaron algo más, el animal que habían logrado atrapar era un humano, regordete, con bolsas de dormir en la espalda, cabellera castaña llena de rizos...Era su amigo Bernardo que ahora yacía sin vida con un agujero en la nuca, cortesía de Jacobo y un enorme rastro de sangre que nacía en el cuerpo y se perdía en la oscuridad del bosque. Francisco dio un grito ahogado al ver el cuerpo a la luz. Mientras Jacobo se mordía los labios, nervioso. No tenían mucha idea de qué hacer ahora o por lo menos sus mentes no lo sabían, sus estómagos gruñían, pedían alimento. El pelirrojo se dirigió a la ventana, con preocupación. La noche no pasaba, no había ruidos, no parecía que el amanecer llegase jamás y tampoco alguien a su rescate.

—Hay que cocinarlo —comenzó a hablar con la mirada aún perdida en la ventana.

—¿Te volviste loco? Era nuestro amigo...

—No hay manera de revivirlo y necesitamos comer para sobrevivir ¿Qué más podemos hacer?

Jacobo guardó silencio, no tenía algo más que decir ante ello. Así fue como ambos, tomaron a su alguna vez amigo y lo despojaron de cualquier prenda o accesorio. Terminaron de cortar su cuello poco a poco y tiraron la cabeza fuera de la cabaña. Ninguno quería ver los ojos castaños de su amigo derretirse al fuego mientras lo cocinaban. Tomaron unos cuchillos de cocina, los más afilados que encontraron y comenzaron a pasar la hoja sobre los brazos, piernas y muslos de su amigo, transformaron lo que en algún momento fueron sus miembros en unos

deliciosos trozos de carne, que reposaron en la parrilla unos minutos.

—No creo que sea suficiente para ambos — argumentó Francisco mientras miraba toda la carne que habían conseguido, era más que suficiente; pero algo ocurría con ellos, algo los hacía querer más y más.

—Es cierto y el amanecer parece que nunca llegará —le dio la razón al instante mientras observaba la ventana. El cielo que parecía incluso más oscuro que antes. Era una noche eterna.

Con una sonrisa, retomaron sus cuchillos y salieron de la cabaña, dejando su deliciosa carne cocinarse a fuego lento mientras ellos, con más valor que antes se adentraban en la oscuridad.

De nuevo un ruido los alertó, venía de los arbustos, comenzaron a correr hacia el sonido. Pudieron divisar una chamarra roja y una mochila color mostaza frente a ellos, eran dos chicos que estaban perdidos en el bosque, se abalanzaron sobre ellos y vieron, con terror, los mismos ojos, misma nariz, mismo todo, eran ellos mismos.









Daniela Zenteno

**T**rato de no mirar al pasillo cuando me cepillo los dientes. Me digo que no hay nadie viéndome desde la sala. Soy la presa que ella ansía, y, cuando es mi turno de apagar las luces, me observa, espera de pie, se acerca a mi espalda mientras yo escupo la espuma; en los segundos que lavo mi rostro, ella se inclina en mi hombro, aprovechando mi breve ceguera. Algo me presiona el corazón, la siento en mí, sus ojos quemar.

En el segundo que sucumbo a mi curiosidad, me inclino y observo una esquina de la sala, entre el sillón y la mesita del teléfono. Ahí es donde ella existe en las noches, y siento su ansiedad por alcanzarme; mi mano suda, la obligo a que presione el interruptor y nos entierre en la oscuridad, me quedo sin aire.

Empiezo a rezar mis plegarias inventadas: «No corras, no la mires, abre la puerta. No la imagines, no te asomes al pasillo».

Pienso que me atrapa y con sus manos frías me arrastra de regreso a la sala. Puedo escuchar sus pies desnudos corriendo a mi alrededor, y veo como su cabello, negro y húmedo, se revuelve en el aire y me golpea en el rostro mientras ella me rasguña los brazos.

Mañana intentaré ir a dormir antes que los otros, así no seré yo la que tenga que meterse a oscuras a la cama. Pero, ¿qué pasará cuando viva sola?

Todas las noches seré yo quien apague la luz.

Joana Cecilia Lomelí Ayala

**M**e dirijo a mi habitación. Es tarde, Alex, mi pareja, ha ido a la tienda; no tardará en regresar. Así que decido esperarlo y así dormir juntos. Para matar el tiempo, me alisto para dormir. Me dirijo al baño del pequeño departamento, donde vivimos. Tomo mi cepillo y la pasta y comienzo a lavar mis dientes. Mientras lo hago, la única luz que alumbra todo el lugar es justamente la del baño, el resto está en completa oscuridad. Me encuentro vestida con solo una playera ancha de mi pareja y un short pequeño.

Mientras me cepillo, me observo en el espejo y empiezo a cantar y hacer caras graciosas, mientras desordeno mi cabellera castaña, al mover mi cabeza de un lado a otro.

En ese momento alcanzo a escuchar como abren la puerta principal. «Ya ha llegado Alex», pensé. Así que le grito:

—Cariño, enseguida estoy contigo.

Pero no recibo ninguna respuesta. No le tomo importancia, ya que él suele ser muy callado. Seguí cepillándome, lavé mi cara y di unas cuantas pasadas a mis mechones de cabello con mis dedos, para «peinarlos». En la habitación se escucha cómo mueven cosas. Me imagino que Alex está preparándose para ir a dormir.

Una vez terminado con lo mío, apagué la luz del baño y me dirigí hacia con Alex. Caminé por el pequeño pasillo a oscuras, hasta llegar a la habitación. Me adentré en ella, y esta seguía sombría. Observé el lugar en búsqueda de Alex, y lo vi hecho bulto en la cama. Sonreí para mí, di un brinquito y me apresuré al lado de él. No puedo ver gran cosa a falta de luz, así que estuve tanteando el colchón hasta encontrar la cobija, la levanté y me acosté a un lado de Alex. Esta de

espaldas a mí, así que lo abracé, envolviendo mis brazos alrededor de él y le di un beso en el cachete de las buenas noches.



Él estiró uno de sus brazos y con su mano acarició mi cabello. Sonreí, recargando mi rostro en su espalda.

—Duerme bien, cariño —comentó.

—Buenas noches, cielo —contesté y, dejándome llevar por el cansancio, me quedé en esa posición.

Estaba comenzando a conciliar el sueño, cuando la luz me despertó. Alex está parado a un lado de la puerta, vestido con una sudadera, pantalón y un par de tenis.

—Cariño, ¿Por qué no me esperaste para dormir? —comenta, quitándose la sudadera en el proceso.

— ¿De qué hablas? — pregunté un tanto aturdida—. Si estabas acostado aquí a mi lado—, dije volteando al lado de la cama donde se suponía estaba él. Pero la cama se encuentra hundida en ese lugar, como si alguien se encontrara allí.

La sangre se me congeló por completo. Volteé a ver a Alex y este pudo ver mi cara de horror, para enseguida darse cuenta de lo que vi hace un momento. Debajo de la manta se puede apreciar un bulto.

Alex se acercó a mí, y rápidamente levantó la cobija, pero no había nadie. Alex toma mi mano y su sudadera y salimos corriendo sin mirar atrás.

Por esa noche decidimos dormir en casa de mis padres, sin saber qué rayos era lo que había pasado. ¿Qué era eso que vimos? No queríamos regresar a casa y volver a encontrarnos con esa cosa. No les comentamos nada a mis padres esa noche, tan solo nos fuimos a dormir. No podía sacar de mi mente que fue lo que abracé y besé en

lugar de mi amado. ¡Qué rayos era lo que en la oscuridad de la noche me reconfortó!

Solo sé que eso jamás podré sacarlo de mi mente, y que cada que vaya a dormir siempre estará la duda presente. ¿Con quién estoy durmiendo realmente? ¿Será este Alex o será la cosa de aquella vez?

---

## Debajo de la cama

Joe Colunga

Odiaba la noche, no me gustaba ver como el sol se escondía detrás de las montañas. Odiaba la noche. Mi mami todas las mañanas revisaba mi cuerpo y sólo decía: «Ay Jesús». Mi cuerpecito amanecía con moretones y mordidas. Quería ser como mis amigas de la primaria, ellas se veían tan bien. Mi papi también estaba preocupado, lanzaba maldiciones y groserías que no puedo decir porque son palabras prohibidas para una niña de mi edad. Después de la escuela, mi mami, me llevaba al templo para escuchar las misas y que el padre me diera su bendición, algunas veces nos llevábamos agua bendita para rociarla en todo mi cuarto, pero en especial alrededor de mi cama.

Todo inició cuando cumplí once años, una noche sentí como una mano enorme salió por debajo de mi cama, creía que era un sueño, pero al día siguiente tenía sus dedos marcados en mis brazos. Mi mami pensaba que era una alergia y mi papi decía que probablemente me lo hice jugando. Mi papi llegaba por la noche de su trabajo, nunca me iba a dormir sin que él llegara

ya que solía revisar todo para cerciorarse de que no hubiera nadie en mi cuarto.

Por lo menos tres veces a la semana iba el monstruo a mi habitación. Las primeras veces sólo una gran mano me tocaba. Yo gritaba mucho para que papá llegara muy rápido a defenderme y así lo hacía, pero no encontraba a nada ni nadie. Él sólo lloraba de coraje y mami lo abrazaba. Con el tiempo fue peor, ya no me dejaba ni gritar, ni ver porque el monstruo me tapaba la boca y los ojos. Me mordía, me apretaba fuerte, olfateaba todo mi cuerpo, me lamía con su lengua rasposa, olía muy feo. Me robó mi niñez. Odiaba la noche porque sabía que el monstruo me quería comer.

Pasamos un tiempo de mucha tranquilidad, mami, papi y yo comenzamos a ir a terapias para superar los miedos. El monstruo ya no iba y yo era la niña más feliz del mundo porque podía ser normal. Una noche me levanté al baño muy silenciosamente para no despertar a mis papis, de regreso a mi habitación supe que el monstruo me iba a visitar porque mamá lo estaba esperando debajo de la cama.

## La nariz de Imelda

---

María Ámbar Orozco

**T**emo a las formas de la oscuridad. Las veo manifestarse a través de cosas conocidas; larvas con alas destrozadas, gusanos retorcidos, piojos gigantes, cucarachas con dientes. Y sé que es un delirio. A los delirios les gusta ser nombrados, no inventados, pero hay

algo de coherencia en la consanguinidad que guardan con los traumas infantiles. Tengo constancia de ello. Sé que no vería esas figuras de no haber permanecido en los brazos de la tía Imelda. Se lo repetía todo el tiempo a mamá, llegué a rogarle, pero los adultos escuchamos conveniencias, y cuando de la boca de un niño brotan locuras, lo atribuimos a la necedad, a carencia de afecto. Malamente repito estos patrones con mis hijas, casi parece una maldición. Dicen que en el sótano habita un hombre maloliente y barbudo, que va cada noche por comida a la alacena, y que regresa en absoluto silencio a su escondite. Ridiculeces, pienso, más no lo digo. Sería hipócrita decirlo cuando todavía mamá contesta mis llamadas en la madrugada si tengo pesadillas.

Quizás no voy al sótano por el miedo de encontrar una forma más grotesca que la que ellas ven. Una que sea incapaz de olvidar. Como aquella que veía en la nariz de la tía Imelda siempre que me cargaba. No mentía a mamá, sabía que Imelda tenía algo atorado, fuese diablo, duende, animal, insecto. Algo vivía en ella. Se asomaba, tímido, curioso, horripilante, por la anchura de sus fosas nasales, entre la selva de sus vellos, con los ojitos blancos y los dientes rojos. Sonreía, o eso me figuraba, aunque fuera una nimiedad, debía dotarlo de alguna característica humana. Al menos para rogarle a mamá que me alejara de la tía Imelda porque tenía al demonio allí, metido en la nariz.

¿Pero cómo negarse al rostro amable de la tía? Sonrojado y regordete, bien podría pasar a ser la abuela de un cuento de hadas. Por eso aprendí a bajar la cabeza al estar entre sus brazos, a guardar la sensatez cuando quedaba a su cuidado por las noches y, en la negrura, escuchar reír a esa criatura. Reía como la rabia en el perro, como el hambre en un manojito de ratas atrapadas por su cola. Reía y el horror se volvía eterno. Pero más

miedo me daba abandonar a la tía y que esa cosa, en represalia, dejara de ser su inquilino para entrar en mí. La tía Imelda vivía feliz por su ignorancia, yo no, yo seguro me ahorcaría por locura.

Cuando falleció, sentí un alivio inmediato por saber que no lo volvería a ver. Yo tenía la edad necesaria para pedir al servicio funerario que tras explorar su nariz, la taparan hasta la saciedad con algodón. Me miraron con extrañeza, pero accedieron. Recuerdo caras compungidas en tristeza de pie al féretro, las lágrimas mamá, sus manos extendiéndome el único álbum de la tía Imelda. Ella partiría a no sé dónde para sobrellevar el duelo, yo me quedaría aquí. Estaba bien, estaba feliz.

En casa, en la cálida soledad, decidí explorar el libro, impregnarme de la nostalgia. Pero no encontré lo que buscaba... Ojalá. Allí seguía la aberración, asomada en su nariz, desfigurada por el fuego del misterio, de una apariencia indescifrable y grotesca. Sus ojos parecían atravesar la fotografía, terminar en mi nariz, querer entrar, ser su habitante. Cambié de página, encontré su sonrisa. Cambié a otra, estaba por salir de la nariz de Imelda. Cerré el álbum y lo lancé al fuego de la chimenea, esa criatura gritó. Era similar al auxilio de un gato ahogado. Cerré los ojos.

Temo a la oscuridad. A las formas abstractas que habitan en ella, he roto las cámaras fotográficas de mis hijas. No sé cómo decirles que no tomen fotos, que no bajaré al sótano, que en cualquier momento, sé que volveré a encontrarlo.

**Y**a he perdido el número de veces en las que regreso a este lugar. Siempre es de la misma forma; de un momento a otro el espacio se vuelve sombrío, y cuando veo nuevamente con claridad, me encuentro en la orilla de este lago, rodeada en una penumbra inquietante, sin ningún rastro de luz que me muestre un camino. La compañía de los árboles y el sonido del agua es lo único con vida en este lugar. Hay una presencia de montañas lejanas, y ponen en mi mente la duda sobre qué es lo que podría haber más allá de ellas. El viento sopla un aire fino, casi inexistente. Crea ondas en el agua y mueve a las hojas que se aferran en esos grandes troncos de madera.

Al momento en el que me pongo de pie, la perspectiva cambia. El ambiente queda en absoluto silencio, y los minutos pasan de manera tan lenta, que escucho las manecillas de un reloj en mi mente. El miedo y la incertidumbre de no saber dónde estoy se hace cada vez más notorio. El frío que antes no estaba presente ahora alerta a cada parte de mí cuerpo, y en la gran profundidad de aquellos árboles imponentes, unas pisadas puedo escuchar. Por inercia mis piernas se mueven.

Doy unos cuantos pasos, cuando una voz hace eco en aquel lugar. El sonido que se escucha pareciera ser angelical, pero poco a poco descende su fuerza y se convierte en murmullo. No quiero que se vaya, quiero que siga hablando. Trato de buscar el lugar de donde provino, pero en su lugar, me encuentro con otra cosa. Una silueta; parada, inmóvil, me observa. La voz que anteriormente escuché vuelve a hacerse presente con mayor intensidad. En ese pequeño lapso la

silueta que veía desapareció, y de pronto, mi mente dejó de obedecerme.

Me concentro en aquella sombra ausente que me atormenta. «Camina», me dijo. Lo escucho a él. Ya no hay frío, no hay miedo. Él está en mi cabeza y me dice qué hacer. Los pasos que estaba siguiendo ahora están más cerca. Me quedo quieta. A unos pocos metros, una persona se dirige hacia mí. «Aún no». Él me guía, me protege, solo quiero complacerlo. Aquel individuo está delante mío. Sus manos pasan por mi cuerpo, me mueve de manera violenta. Un enojo me abarca. Muestro una sonrisa cuando me habla. «Ahora».



Me despierto gracias al ruido del reloj de la sala. Confundida me levanto y abro la ventana, aún sigue oscuro. El sigilo que se hace después de la intervención de aquella pieza antigua hace que me extrañe más. Dirijo la mirada a mi alrededor y observo que, en una mesa junto al sillón, hay una nota. Tiene mi nombre.

*Verónica:*

*Hermana, si lees esto quiere decir que estás en casa. Si es así, por favor llámame. Me desperté y vi tu puerta abierta, luego noté que no estabas en tu cuarto. Te volviste a ir.*

*Dejaste tu teléfono, así que no sé dónde estás. Me quedé varios minutos en la casa, con la esperanza de que aparecieras, pero esta vez no fue así.*

*Saldré a buscarte, pero no iré muy lejos. Caminaré por el bosque y me pasaré por el lago. Con suerte y te encuentro por ahí.*

*Atte. Martha.*

Suelto la nota de repente al ver que mis brazos están cubiertos de un líquido—el cual aún sigue fresco—. Corro hacia el baño para quitármelo, pero al llegar, lo que veo en el espejo es peor; mi ropa y cara manchadas de igual manera junto con unos rasguños. Al caer en cuenta que es sangre, se me revuelve el estómago y el vómito sale de mi boca, cayendo en el lavabo. Asustada y con asco me quito la ropa, abro la llave de la regadera y me meto en aquella zona, con la esperanza de borrar esta sensación. Apenas las primeras gotas de agua caen sobre mi cabello cuando un olor más fuerte llega hasta donde estoy. Salgo del baño y me encamino hacia el pasillo, donde el aroma es casi imposible de aguantar. Antes de poder abrir la puerta, un zumbido en mi cabeza hace retorcerme de dolor. Imágenes borrosas pasan por mi mente de manera rápida.

«¡Verónica! ¡Verónica! ¿Puedes oírme?». Veo a Martha, llamándome, con aquella voz angelical. Me grita, pero yo no reacciono. Quiero contestarle, pero parece que me he quedado muda. «¿Verónica? ¿Qué...?». Mis manos agarran su cuello con fuerza y lo aprietan con una fuerza que no es normal. Grito internamente, rogando que esto pare. Trato de resistirme, pero escucho una risa, animándome a seguir. «Verónica, por favor». Las últimas palabras de mi hermana. Ya no pelea. Deseo despertar, pero mi cuerpo no quiere lo mismo, tiene ganas de más. Atrapada en mi propia mente, estoy obligada a ver cómo mi mano sostiene una piedra y la estampa contra la cara de mi hermana. No puedo parar. Una sensación de excitación me invade, y repito este movimiento una y otra vez. En su cara, en su pecho, por todo su cuerpo.



Sólo lloro. Tendida en el piso grito y golpeo las baldosas frías. El aire se me va por un momento. El olor sigue ahí, así que me dirijo a la puerta y la abro. Me quedo inerte apenas veo aquella imagen. Sin reaccionar sigo el rastro rojizo que termina en la cama. Me siento en ella. Observo las sábanas, llenas de tierra, llenas de manchas. Observo su cuerpo, acomodado en una posición extraña. Aun así, la abrazo. Miro su cara, aquella que me brindaba sonrisas y las más sinceras miradas, ahora sólo hay deformidad y un charco lleno de sangre.

## Sed

---

Julia Higareda

La sangre siempre sabe mejor fresca. No me malentendas, no es que pierda su vivaz sabor una vez que lleva tiempo reposada fuera del cuerpo; no, es que la sangre, aun corriendo de la garganta, mientras ahoga y cae a chorros es exquisita. Así como el éxtasis que produce al llegar a los labios. El vértigo al lamer la superficie del cuchillo y sentir el filo del metal contra la lengua. Cortándola un poco. Punzantes las gotas se mezclan y exaltan su sabor. El sabor corroído de la sangre por toda la boca, profanando el color amarillento de los dientes. La espesa consistencia que dificulta tragarla y obstruye la laringe, sofocando un momento, al mismo tiempo que la falta de aire y el líquido arrebatan la sensatez. Los poros de la piel la succionan reavivando el cuerpo. La excitante sensación con la que la calidez desgarrar cada centímetro y se clava sobre el pellejo. El aroma

que eriza la piel. La sangre se entrega con tal benevolencia al encuentro. Casta e intoxicante cede a la tarea que está destinada a cumplir: saciar la sed.

Si me preguntaras cómo se tiene que beber, creo que podrías predecir mi respuesta: la sangre se bebe fresca, directo de la extremidad del cuerpo que la desprende. Sin embargo, el elixir carmesí abandona con rapidez al individuo; por lo que el éxtasis de la frescura solo dura un momento, mientras que la sed aumenta una vez que hace contacto con la boca. El cuerpo debe ser vaciado por completo, pues la sangre necesita de un recipiente para mantener a la persona. Al beberla no solo el tejido es lo que se extrae, la sangre contiene la vida de la gente, sus sueños; alberga todo lo que es, sus emociones, sus temores. Por eso es tan cautivante beberla fresca: el abandono de la conciencia, la adrenalina al tajo y las súplicas; pero el miedo es lo que la vuelve adictiva. El peligro activa el miedo y con ello la esencia; una situación de riesgo siempre exaltará el contenido de la sangre, revelando su constitución. No importa su vitalidad ni su tipo. Al consumirla no hay preferencias, la cobardía determina el deleite.

La sangre propia es la más especial; si se quiere comenzar a ingerir sangre, es de suma importancia que no se comience por esta. Un grave error sería hacer brotar unas cuantas gotas en agrado al paladar, es mejor aventurarse y degollar algunos cuellos, antes que pincharse un dedo con la aguja. Puesto que en la sangre está todo lo que somos, desconocerse a uno mismo y practicar el rito, elimina toda posibilidad de placer y desquicio. El miedo es lo que enaltece a la sangre ajena, uno no debe temer ni siquiera dudar con la propia; la locura por destruir lo concebido intensifica el gozo.

No creo que te conozcas; pero tienes miedo desde que me viste doblar la esquina.

## Un frío lamento

---

Josmar Díaz Pineda

**D**etrás la oscuridad, el miedo y la silla resquebrajada que mantenía el cuerpo. La espalda arqueada, el cabeceo incesante cedía al cansancio. Al frente, los ojos cesaron en su brillo, debajo las enormes sombras perdían la mirada al vacío. Afuera la ventisca nocturna arreció, murmuraba diáfana, como un lamento filtrado hasta su posición en un juego intermitente contra la persiana y el marco metálico. Se asemejaba al repiqueteo menguante de la vieja máquina de escribir desde que el rostro se volvió cansado.

La ventana, parecida más a una claraboya malintencionada, apenas captaba un halo sumiso hacia adentro, auxiliado por la lámpara titilando a la par del golpeteo, reflejaba con su luz tenue la hoja blanquecina prensada en la máquina. De pronto, la ventisca azotó con vehemencia a la par del índice dispuesto a terminar una línea. El estruendo partió el cristal en pedazos que llenaron la duela, las hojas apiladas en el extremo de la mesa volaron por el lugar, las manos detenidas bajo el rostro al ras del aire gélido, sintieron un escalofrío que recorría los brazos hasta los pies y la cabeza. Encogido de hombros, tiritando, la silla crujió, lanzando el cuerpo a un costado. La madera vibró al golpe. Encorvado de dolor convulsionaba jadeante.

Del cuerpo agonizante se desprendía un filamento de sombra, opaco, subía hasta la pared, se extendía deforme, irregular y extraño hasta el ángulo interno del techo. Pernicioso, parecía tener fauces, extremidades, conciencia de sí. Se dejó caer una y otra vez sobre el cuerpo en una maraña oscura, indistinguible, para revolverlo y

consumirlo poco a poco. Se alimentaba del quejido, de la agonía, de la ansiedad y desesperación, lo estrujaba sin escapatoria hasta cubrirlo por completo. Bastaron minutos para fundirse en una esfera negruzca, irregular y palpitante, hasta reducirlo al polvo, a cenizas, a un pequeño montículo sobre la madera del que se desprendía un tenue hilo desvanecido, lentamente.

El aire pegaba de lleno en la pared fría, las hojas volaban por el lugar, sobre la mesa la máquina de escribir. Entre el rodillo, la hoja y su vaivén, sin bastoncillos, sin punto final impregnado en su blancura.

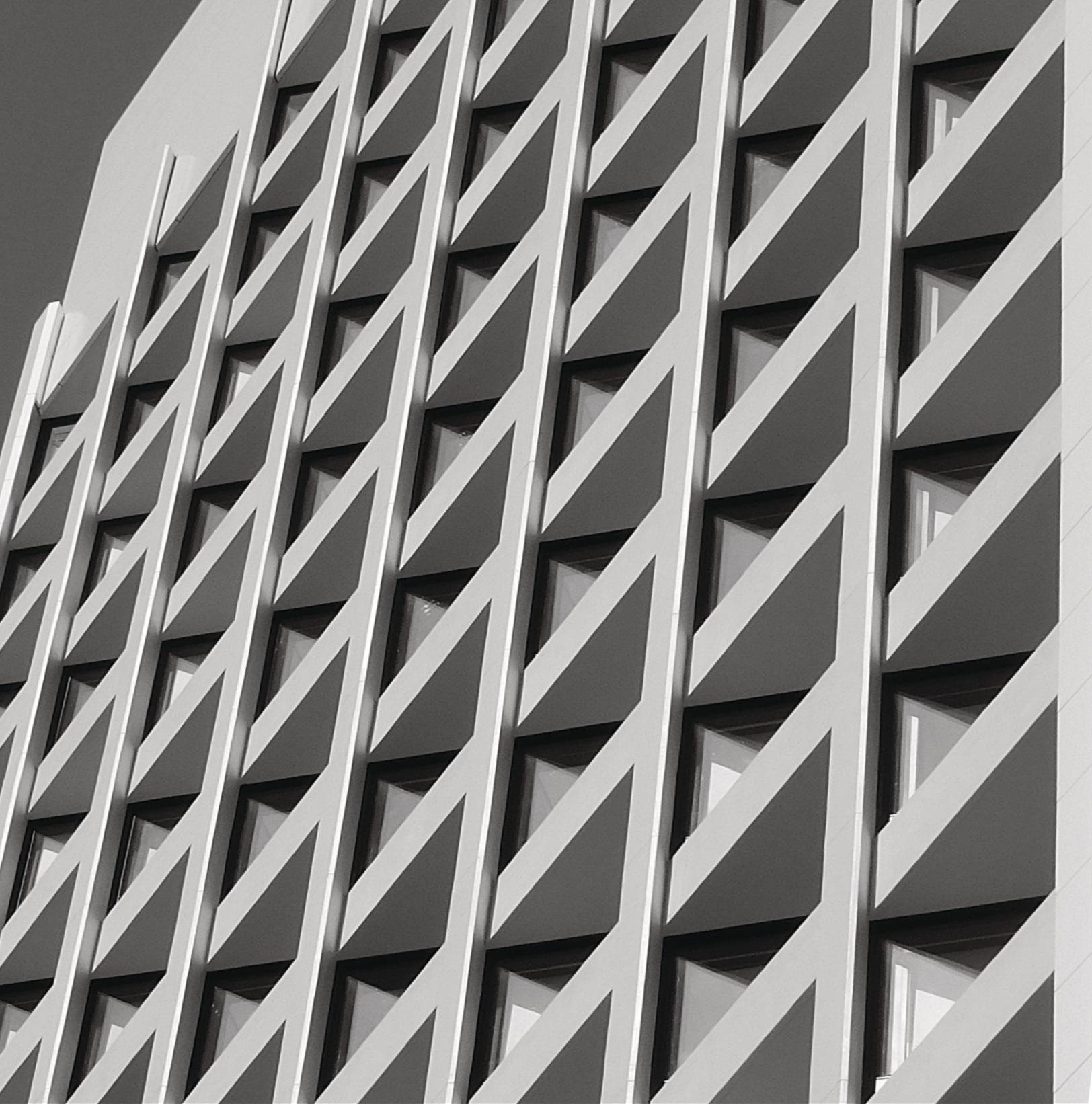
## La percha verde

---

Vilde Saetre

**F**ui una percha y mi propósito era uno desde el principio: servir de medio para que los seres humanos colgaran sus ropas. Serví con normalidad a la familia que me adquirió. Fui una buena percha, a diferencia de algunos de los míos, que al menor peso solían desfigurarse o quebrarse por completo. Yo era de metal; calidad alta; aunque de frágil apariencia, ni el más pesado abrigo pudo doblarme.

Así viví hasta aquel día, cuando dejé de ser una percha para convertirme en el derecho a decidir de Elsie, y a la vez, en su asesino.



ZARAGOZA

2024

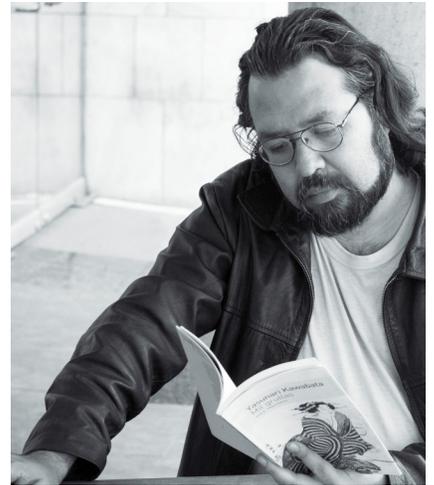
# HÉCTOR JAUIER

# VIEJOS REYES

Hay crímenes que escribimos sólo para no tener que cometerlos.

(Guadalajara, 1977) Hijo de maestros normalistas y bibliófilos, se resistió a la docencia y a la literatura lo más que pudo, hasta que tuvo que admitir que eso era su destino manifiesto. Naufragó en las carreras de Derecho e Historia, para terminar como digno *Letroso* (licenciado en Letras).

Su primer logro fue ganar el primer lugar en el concurso FIL joven, para estudiantes de la Universidad de Guadalajara en 1994, y el más reciente, el Concurso de Cuentos Rulfianos, entregado en Sayula en 2019.





# PREGUNTAS AL AUTOR

Por Silvia Quzada

## ¿Cómo describirías la novela *Zaragoza 204*?

Es una noveleta, con capítulos hacia adelante en el tiempo, contados por los deudos de los fantasmas, y hacia atrás, contando desde la noche en que murieron hasta el día en que se conocieron; una historia que viene de mis 20 años, cuando pensaba que entre más drama, más amor. Son dos personas temerosas, inseguras, tóxicas y dramáticas que se quedan suspendidas en el tiempo de una muerte a plazos... al final, sus razones para estar juntos y no estarlo, son todas pretextos... Ahora sé que en el fondo siempre lo supieron. Pero en el fondo, vivir era lo que les daba más miedo.

## ¿Cómo surgió la historia?

Una mañana tormentosa, después de una noche terrible de pasión tóxica, me planteé seriamente cometer ese crimen. Como soy medianamente sensato, mejor lo escribí. Salió de 4 sentadas, pudieron ser 2, pero lo escribí con la mirada fija en ella.

## ¿Cómo recomendarías leer la novela?

Lineal, para la primera vez, pero si lees sólo los capítulos de los fantasmas, tienes un retrato de ellos como un cuento corto y triste; Si lees el primer capítulo, y luego la historia de ellos, se entiende perfectamente.

Esa técnica la aprendí de Taibo II, en sus novelas *Cuatro manos* y *La bicicleta de Leonardo*.

## ¿Qué recomendarías a los lectores?

Que reconozcan sus propias pasiones necias y suicidas, y que vean qué tan autodestructivas pueden ser. El epígrafe es lo más cierto del libro. Hay crímenes que escribimos, sólo para no tener que cometerlos.

¿Hay algo después de lo que ocurre en la novela para los personajes?

Los fantasmas tienen participación en una novela posterior, que se titula *Ylamirham*. La publicó Grupo Rodrigo Porrúa en 2017.

El caso es que, dos generaciones después, los fantasmas salen del hotel. Son personajes que quiero mucho, por ser quien fui yo y quien fue ella. Es mi primera novela. Y personajes de mi primera y mi segunda están en mi tercera, *Ylamirham*.

Es mi ciclo de novelas de fantasmas, que ya considero cerrado

En este momento estoy trabajando en una serie policiaca llamada *Citizen Timex*; el primer libro ya está publicado, con el caso «No es tan buena la vida», estoy trabajando al mismo tiempo en el II y el III



Una historia clavada en el tiempo; un crimen de pasión alternando hacia atrás y hacia adelante sus causas y sus consecuencias. No era amor, y tampoco dejaba de serlo. Los fantasmas hablan, duelen y se quedan. Un acto final que, después de todo, tampoco fue un final.

## ¿Qué es el género negro?

Bueno, hay que decir que en literatura existen los prejuicios para ciertos temas y para ciertos públicos. Cuando se habla de «géneros negros» se refieren principalmente a la rama policiaca-detectivesca-criminal, pero dentro de los géneros negros se incluye el Pulp, peyorativo por ser popular en publicaciones baratas en papel de imprenta, el pulp paper, que es maravilloso e incluye la Ciencia Ficción y el Terror, sobre todo en sus géneros más populares. En Ciencia Ficción incluye mucha Space opera, y en Terror subgéneros como el Gore, el Splatter, géneros excesivamente gráficos que van del absurdo al hiperrealismo, a veces sin una como entre ambas cosas.

En pocas palabras: Conoce a su público. Le da a su público lo que pide. No le preocupa lo que digan las academias literarias. Es altamente experimental. Es exagerado, escapista, irreverente y no pide perdón ni permiso. Es de los mejores placeres culpables que existen.

**¿Consideras que el género negro ha cobrado relevancia en el siglo XXI?  
¿Por qué?**

Sí, porque la demanda de contenido crece exponencialmente con cada medio y plataforma. Estamos ávidos de más, y los géneros negros son muy efectivos

midiendo lo que la gente quiere y sirviéndoselos con papas fritas. La calidad no es la principal preocupación (lo cual no es excluyente de que muchas obras la tengan), sino la satisfacción y catarsis del público en un producto de fácil producción y consumo. Son géneros perfectos para este siglo.

## ¿Cómo definirías al miedo?

El miedo es una emoción primaria; a veces tenemos miedo sin saber a qué, sólo a la sensación horrible de que hay «algo», cerca, desde afuera, que puede y QUIERE hacernos daño. El miedo es cualquier cosa que nos saca de la ilusión del control y de la seguridad con la que construimos nuestras vidas. SIEMPRE hemos sabido que esa seguridad es ficticia, o por lo menos, muy frágil. El miedo empieza por esa pequeña brisa que hace que toda la cabaña cruja.

## ¿Cuál es la diferencia entre terror y horror?

Bien, la primera diferencia es entre lo fantástico y lo realista, pensando que el Horror es a algo paranormal y el Terror a una amenaza que puede ser entendida racionalmente. Muchos autores discrepan sobre cuál de los términos es el verdaderamente sobrenatural, pero en lo que sí hay mayor consenso es en el hecho de que si sólo peligras tu vida, estamos hablando del terror (por muy horribles que sean las consecuencias y las formas en que algo pueda lastimar a alguien), y si

lo que pelagra es el alma, la consciencia, la identidad, el sentido de la realidad, nuestro sentido de seguridad en el Universo, entonces hablamos de Horror.

### ¿Conoces obras en las cuales su trama surge del mal uso de la ciencia y la tecnología?

Bueno, esto viene desde Víctor Von Frankenstein. Hasta la fecha, a los alimentos genéticamente modificados se les llama alarmistamente frankensteins. De hecho, esta preocupación, en el contexto actual, no es tema ni de terror ni de Ciencia Ficción, vivimos en un mundo de tecnología mal aplicada. Pero como *mal cautionary tale*, Jekyll y Hide sigue siendo vigente... Entre más entramos en nuestras propias mentes, más oscuridad encontramos.

### ¿Qué libro recomiendas para iniciarse en el género del terror?

Aquí no hay que entrar despacio, hay que lanzarse de lleno. Iniciaría por los libros de Clive Barker. Todo el terror gótico victoriano es una delicia, aunque suene viejo, lo bien hecho es eterno. Sin mucha sangre escurriendo, es otro buen lugar para comenzar.

### ¿Cuál es el libro de terror que nadie puede perderse?

En corto: *El Gran Dios Pan*, de Arthur Machen; *El color que cayó del cielo*, De H.P. Lovecraft; de San Stephen King, uno viejo, *Cementerio de Animales*, y uno reciente, *Revival*.

## Algunos libros del autor



*Zaragoza 204* (2021)  
Segunda edición  
Editorial Audacia  
Disponible en  
Amazon

### Colección

Lecciones para volar mal aprendidas de Audacia Editorial



**I**  
Cosas que debes saber antes de empezar a escribir



**II**  
Ejercicios, técnicas y consejos para escribir narrativa



**III**  
Consejos y técnicas avanzadas para escribir narrativa



**IV**  
Consejos y técnicas para escribir novelas por género

Disponibles en  
<https://audacialibreria.mercadoshops.com.mx/>



# El romanticismo en la película musicalizada de *El Fantasma de la Ópera*

Marisela Valdéz

El género romántico ha dado paso a la creación de obras artísticas que sin duda vale la pena experimentar. Una de ellas es *El Fantasma de la Ópera* (F.O), una novela literaria que fue musicalizada en teatro y dio un salto a la pantalla grande. Pero, ¿qué es aquello que hace a su trama ser exquisita dentro de la cinta cinematográfica hecha en 2004, y cómo esta absorbió en todas sus partes al género romántico del que nos habló una vez Víctor Hugo?

*El Fantasma de la Ópera* es una obra literaria francesa «*Le Fantôme de l'Opéra*» (1909), escrita por el novelista Gastón Leroux; dicha obra alcanzó el éxito y que fue adaptada a múltiples versiones cinematográficas. Pero no fue hasta el año de 1986, que tuvo su primera presentación en formato musical a manos del compositor Andrew Lloyd Webber, para después pasar a ser una película musicalizada a cargo de Joel Schumacher y financiada por el propio Andrew Lloyd Webber en el 2004.

Un espectador puede admirar por primera vez la película musicalizada de *El Fantasma de la Ópera* ambientada en el año de 1870 e hipnotizarse de inexplicable manera con los escenarios góticos que muestra. En pantalla, ver en escena a oficiales

franceses y a personal del teatro bajar a las catacumbas de la Ópera de París con antorchas y armas de fuego en mano. Buscan al temible ser que secuestró a la bella Daeé. A cada paso, se adentran cada vez más a un mundo gobernado por la oscuridad, y con cautela, recorren los pasadizos acuosos de las alcantarillas, y entonan al tiempo, con sus voces de tenores —con esa expresión enfática que suele brindarle el canto operístico—, una réplica ferviente del deber y de justicia que logra hacer retumbar las paredes de piedra. Son conscientes del aterrador espectro al que se enfrentarán, pero el temor no los detiene. No más. El miedo de los hombres está eclipsado por la ira que roza en la barbarie.

El terrible ser, de apariencia escalofriante, los espera en su guarida. Pero no tiene garras ni colmillos, tampoco es un demonio o un ente que traspasa paredes, sino que viste y luce como hombre, porque lo es. Es un hombre que presenta una deformidad del lado derecho de su rostro.

Este «monstruo», de nombre Erik, conocido como *El Fantasma de la Ópera*, en vez de huir de quienes están dispuestos a cazarlo, permanece sentado junto a su cama, como un niño pequeño frente a su caja de música, misma que tiene como accesorio la figura de un mono ataviado con túnica persa y que sostiene unos platillos. Erik gira la manivela de esta, entona en susurros la letra de la



melodía «Carnaval» que el mono comienza a tocar y se remonta a sus inicios como compositor de música. Luego dirige su mirada a la bella Daeé —quien fuera su musa— y le dice que la ama; pero sabe de antemano que la doncella no aceptará su amor. Ella, que sólo puede sentir compasión, prescinde de él y de su arte. Erik se dedica a verla marcharse en brazos de su amado Raoul; sabe que su música morirá con su partida y, tal vez, su alma también. Atormentado, se pone de pie frente al espejo, desprecia su deformidad, y reduce su reflejo en añicos.

Desde mi sofá, contemplé la escena de Érick con un nudo en la garganta, y lo hice de la misma manera cada vez que volví a ese sofá, y a esa película, que no sólo ha influenciado mi estilo literario, sino que me conmueve de sobremanera y hace que me planteé varios cuestionamientos morales y estéticos: ¿Qué postura tengo sobre los temas que aborda la historia que cuenta? ¿Qué hace a un monstruo serlo, su apariencia o sus actos? ¿Cuáles son las características en la trama que la definen dentro del género romántico y que por ende, la hacen exquisita para mi gusto y merece ser apreciada por otros?

Para responderme, me di a la apasionada tarea de desmenuzar dichos elementos de los que está compuesta la trama. Recurrí, como material de apoyo, a la comparativa de otras obras célebres del género romántico que presentan aspectos notorios que coinciden con *El Fantasma de la Ópera*, tanto en el contenido de la trama, como en el arte visual de la película: Cintas cinematográficas tales como *La bella y la bestia* (1946) del director Jean Cocteau; *El hombre Elefante* (1980) del director David Lynch; y obras literarias como el cuento de «La máscara de la muerte roja» (1842) de Edgar Allan Poe, y la similitud del personaje Cuasimodo en la novela *Nuestra señora de París* (1831) de Víctor Hugo.

Así pues, deberé sumergirme en las entrañas de la historia y volver a donde comienza a correr la cinta cinematográfica, a esa imagen congelada y sepia de la Ópera de París en 1919. Echaré un vistazo al pasado para adentrarme a un teatro reducido en telarañas; a aquella primera escena, la escena de la subasta pública...

Lote 666. Un candelabro en piezas. Algunos de ustedes, tal vez recuerden la extraña historia... del Fantasma de la Ópera. Un misterio nunca explicado por completo. Se nos ha dicho, damas y caballeros, que este es el mismo candelabro... que causó el famoso desastre. Nuestros talleres lo han restaurado para que pueda funcionar con luz eléctrica. Quizá asustemos así al espectro de hace años... con un poco de iluminación. ¿Caballeros...? (El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 04)

## La historia

Desde los primeros minutos de la cinta, la película me arranca del presente y me transporta a un tiempo remoto, al año de 1909, dentro del Teatro de Ópera de París, en Francia, donde se lleva a cabo una subasta pública. El interior del recinto luce abandonado y pocos son los interesados que han acudido a la venta; entre ellos, está presente Raoul, el vizconde de Chagny, quien ha comprado una caja de música de un mono casi tan longeva como él. Posteriormente, le llega el turno a la siguiente pieza a ser subastada... Es así que un par de caballeros apartan una manta y descubren un majestuoso candelabro que ilumina el

lugar y remueve el polvo acumulado. Es cuando, al mismo tiempo, comienza la presentación musical de *El Fantasma de la Ópera* que estremece debido a sus potentes notas instrumentales. Es como si el alma del Fantasma estuviera atrapada en el objeto y fuera liberada a través de una música que es capaz de erizar vellos. Es la canción principal del musical y le pertenece al protagonista. Y mientras esta canción espeluznante resuena, el gran candelabro, parecido a una araña metálica, casi como si fuera una máquina del tiempo, al ascender a lo alto con ayuda de sogas, éste baña de luz la instancia artística y muestra cómo es que el recuerdo vuelve a darle vida y color a un pasado que yacía entre sombras y en silencio...

A partir de este punto, la mayor parte de la película transcurre en la época de 1870; aunque se dan saltos temporales entre 1909, que es el presente en la historia, y 1870, que es el pasado. En esta última fecha se muestra la imagen del Teatro de la Ópera de París en todo su esplendor. Y en ese recinto dedicado al canto y a las artes dramáticas, es donde la mayoría de las escenas ocurren.

La historia trata de cómo artistas, personal técnico y de dirección, están atemorizados ante los acontecimientos extraños que se van suscitando dentro del teatro, atribuido a un supuesto ser sobrenatural al que llaman El Fantasma de la Ópera. Pero ¿quién es él? Mientras algunos rumorean entre pasillos y camerinos que se trata de un espectro, una simple leyenda, otros tantos afirman que es una persona de carne y hueso, pero tan monstruoso que siempre está al acecho con su lazo *punjab* a la mano. Y desde este punto se percibe ya perfectamente la ambientación sobrenatural y de misterio que empapa a la trama en la película. Pero el Fantasma, más allá de todas las historias que se dicen sobre él, en realidad se trata de un hombrecillo perturbado, un genio musical con una deformidad en la parte derecha de

su rostro que cubre bajo una máscara blanca de carnaval. Va de sombra en sombra, con vestimenta de *frac* y vive debajo de las catacumbas del teatro, sin nunca dejarse ver debido a su apariencia, pero que es parte vital del funcionamiento de la casa del canto, ya que es compositor de todas las obras musicales que se presentan en escenario y que entretienen a un público parisino meramente burgués. Pero, sobre todo, este personaje es como un marionetista que maneja con hilos invisibles las acciones de todo el personal del teatro para un único fin que no tiene que ver consigo mismo, sino el de llevar al estrellato a la musa de su música, el amor de su vida y su pupila, Christine Daeé, de la cual está profundamente enamorado.

Christine es una hermosa joven, hija única de un violinista sueco y huérfana desde los siete años, que se fue a vivir e instruirse a la residencia del *ballet*. Al principio, ella sólo es una bailarina y una corista en el teatro, pero, con ayuda del Fantasma —tanto en la vocalización de su voz, como en actos de manipulación y de amenazas dirigidas a la dirección de la casa de ópera mediante cartas y hechos trágicos—, logra ocupar el papel principal en las funciones y casi de inmediato suplanta a la *Carlotta*, una soprano que es la *Prima Donna* del momento. El Fantasma, de nombre Erik —nombre que no se pronuncia en la película, pero sí en la novela literaria de Gastón—, no sólo es considerado un fantasma que atormenta, sino que también es percibido como el «Ángel de la música», una figura paternal y celestial, algo que su pupila Christine Daeé concibe equívocamente de él. Para la joven, Erik es aquel ángel que un día su padre moribundo le prometió que se le aparecería, la protegería y la ayudaría con su música. Erik se aprovechó de aquella promesa y se hizo pasar por un ser protector y de guía que funge como su conciencia para no sólo conservar a Daeé a su lado, sino para manipularla de manera emocional

mientras le canta entre paredes y detrás del espejo de su tocador, sin nunca aparecerse ante ella de manera física. Pero Christine, quien lo idolatra y lo admira, se libera del control del Fantasma justo cuando se lleva a cabo un cambio de propietarios en la dirección del teatro. Es ahí donde aparece el nuevo dueño, Raoul, el vizconde de Chagny, quien para ese entonces es un joven apuesto y valeroso, y el amor de infancia de Christine.

Al sentirse amenazado ante la aparición de Raoul, el Fantasma se presenta de manera física ante Daeé por vez primera y, debido a su desesperación por no perderla, se desata en locura y hace que la muerte y la tragedia recaiga sobre el personal del teatro. La joven se llena de temor y, al hallarse en medio de estos dos personajes masculinos, se enfrentará a una encrucijada, donde deberá elegir el camino de la luz (Raoul) o el de la oscuridad (Erik). Esto ocasiona un triángulo amoroso y un desequilibrio en la vida de los tres personajes que desencadenará una serie de hechos lamentables que llevarán al Teatro de la Ópera de París a sumirse en el desastre.

## El romanticismo

Siempre que me senté a ver la película, me pregunté qué era aquello en la trama que me estremecía tanto, y si ese algo tenía un nombre. Ahora lo sé. El Romanticismo es un movimiento cultural que surgió a finales del siglo XVIII como una reacción contra el neoclasicismo y que se manifestó principalmente en la pintura, en la música y la literatura. El romanticismo se caracteriza por darle prioridad a los sentimientos por encima de la razón y en la permanente búsqueda de la libertad auténtica.

*El Fantasma de la Ópera* es una historia que cabe dentro del género romántico. ¿Cómo lo sé?



Hay una fórmula que define a toda trama que es parte indiscutible de esta corriente cultural: belleza = grotesco.

Víctor Hugo, quien es considerado uno de los poetas románticos más importantes de la lengua francesa, afirmó en su prefacio que escribió para su drama *Cromwells* (1827) que el concepto estético del romanticismo consiste principalmente en juntar dos polos opuestos para crear una unidad. Es así como su concepto de lo bello es la suma de lo sublime con lo grotesco; es la unión de los pares polares, elementos que por ser opuestos — ejemplificado de manera cotidiana— logran una reacción parecida a las baterías de un control remoto: positivo + negativo = energía.

Dicho género cuenta con dos vertientes que lo componen:

- Romanticismo lánguido:** Habla de los sentimientos, de abatida, sensibilidad e impulsividad.

- Romanticismo combativo:** Habla de libertad social, emancipación de los pueblos y luchas sociales.

Es el romanticismo lánguido el que más se presenta en la trama de la película musicalizada de F.O, ya que la sensibilidad y el impulso de los sentimientos están presentes en las acciones de los personajes. Con esto, cabe destacar que el «sentimiento» es el elemento dominante de este género, y en él se hallan tanto historias de amores que no se consolidan, como la abundancia de eventos trágicos y la representación de personajes marginales. David Viñas Piquer, profesor universitario de literatura, en su libro *Historia de la crítica literaria*, explica que: «este tipo de arte se dispone a llevar a cabo lo que la naturaleza hace: mezclar en sus creaciones, la oscuridad y la luz, el cuerpo y el alma, la bestia y el intelecto» (Piquer, 2002). Dice también que fue el romanticismo

quien en sus inicios le otorgó a la poesía el principio nuevo de lo anormal, lo horrible, y que durante un periodo eclipsó a lo sublime, pero que Shakespeare le dio equilibrio al unir lo grotesco y sublime, lo terrible y lo absurdo, lo trágico y lo cómico; y creó así, «la forma poética en que culminan los tiempos modernos: el drama, que se considera una poesía completa. La época moderna es dramática, y por dramática, lírica» (Piquer, 2002).

Otro sentimiento que se encuentra palpable en el romanticismo es la melancolía, que, a palabras de Piquer, consiste en «la piedad por la humanidad, la reflexión sobre las amargas desilusiones de la vida y la desesperación» (Piquer, 2002). El romanticismo es parte del espíritu del hombre, por lo que su intención, más que objetiva, es subjetiva. Su fin es provocar emociones en el receptor, conmover, y de un modo, llevar a una reflexión. Considero que la melancolía lleva a una meditación por medio de las lamentables vivencias. Incluso, podría asemejarse a lo que Aristóteles planteó con lo que provoca la tragedia: la catarsis. Y la tragedia es un elemento que está presente y que tiene como característica los finales tristes; y un final triste puede verse casi siempre en una trama con tintes románticos.

El romanticismo no estaría completo sin esa parte gótica que hay en él, pues dicha corriente literaria, además de «lo sentimental sobre lo racional», lo sombrío también es un tipo de matiz que ocupa una parte medular en sus tramas. En términos más generales, lo gótico puede definirse como el estilo que emplea paisajes oscuros y pintorescos, y da una atmósfera de exotismo, misterio y miedo a narraciones melodramáticas. Entre sus características principales, también se suele encontrar elementos sobrenaturales, toques de romance y emociones sentimentales y sensuales. En los cuentos terroríficos del escritor

estadounidense Poe, que caben dentro de este género, justamente puede verse lo romántico, ya que en sus relatos se le da uso a la melancolía y el existencialismo.

Lo gótico es un tipo de arte que gusta de jugar con la teatralidad de las luces y las sombras, una danza entre la luz y oscuridad; está presente en la música, en la fotografía, y en la moral de los personajes: luz contra oscuridad. *El Fantasma de la Ópera* es un ejemplo perfecto de esta combinación, pues las acciones de este personaje oscilan entre el bien y el mal; sus emociones entre el amor y el odio; y, a mí como expectante, me provoca dos reacciones opuestas: lo juzgo pero a la vez lo compadezco.

Al tomar en cuenta toda esta especificación del género romántico y su íntima relación con el arte gótico —ya que fue justamente en el romanticismo que surgió la novela histórica y la gótica o de terror—, puedo señalar con más precisión por qué la película de *El fantasma de la Ópera* es rica en romanticismo. En la película se desborda un desgarro emocional en los protagonistas, hay melancolía, un inevitable rendimiento a los sentimientos sobre la razón, obstáculos invencibles que conducen al fracaso de una relación y que llevan a un amor imposible, que, en este caso, es el amor no correspondido de Christine hacia Erik. Asimismo, esta cinta cinematográfica sobresale por su aspecto sombrío en el arte visual de su ambientación y en la psicología de los personajes. Esa parte sombría la encuentro en el énfasis en que se le da a la noche y todo lo que esta puede llegar a representar. El Fantasma, con afán de manipular a Christine y atraerla a su lado, a su mundo de tinieblas como un estilo de vida sublime, emotivo, sensual y artístico, utiliza el encanto de la noche y le expone cómo esta tiene el poder de intensificar cada sensación, cómo incita y despierta la imaginación.



Habla de la melancolía y del toque seductor de la noche. De esa manera, intenta persuadirla a que rechace el mundo de la luz (la sociedad), para aceptar la oscuridad (el mundo del fantasma: el arte y la melancolía).

La trama está acentuada por el derroche de drama y tragedia, ya que la historia gira alrededor de un hombre rechazado por la sociedad, que vive marginado y entre sombras bajo las catacumbas de la Ópera de París. Es la historia de una bestia que sueña con la belleza y que espera que el amor le enseñe a ver la luz, el amor de Christine. En el siguiente fragmento de la canción *All I ask of you* en la versión de Erik que combina con la canción de *The point of no return*, se aprecia cómo el fantasma le implora a Christine que lo salve de la soledad y del sufrimiento que le ha condenado su fealdad:

—Di que compartirás conmigo un amor, toda una vida. Guíame, sálvame de mi soledad. Di que me quieres contigo, aquí, a tu lado. Adónde vayas, siempre iré yo. Christine, no pido más de ti... (El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 01' 54: 31)

*El fantasma de la ópera* es una historia empapada de misterio, de terror, de música, de obsesión, de idolatría. Pero, sobre todo, en ella se encuentra la unión de polos opuestos, y uno de los que a mi parecer más sobresale es: la belleza en contraste con la fealdad, característica que da pie a una comparativa con otra obra muy conocida...

**Bella y Bestia:** Esta tendencia del romanticismo en colocar dos polos opuestos se ha visto representada en obras icónicas tales como *la Bella y la Bestia* (1740), una novela escrita por Gabrielle-Suzanne de Villeneuve que tuvo múltiples adaptaciones tanto literarias como en cine y tv. La unión de los polos opuestos en esta historia representada en apariencia y en esencia,

fue tan emblemático, que aparecieron más historias que llevaban esa misma analogía: ¡una bestia, con corazón noble, que lo único aterrador es su apariencia, se enamora de una hermosa e inocente doncella! De esa manera, se presentó una de las características principales que posee el género romántico: la suma de la belleza con lo grotesco. Y en el contenido de la trama de F.O, se vislumbra con claridad la analogía de «Bella y bestia», pues hay un contraste entre los dos seres —Christine y Erik—, que sobresalen por su naturaleza contraria: belleza y fealdad, estética y deformidad, luz y oscuridad, bondad y maldad, inocencia y perversión. Durante la escena de la canción *The music of the night* en la película, es donde estos pares polares, Christine y Erik, brillan y se fusionan de manera exquisita por ser contrarios. Se percibe a través del vestido blanco de Christine, la luz y la inocencia en ella, mientras que el Fantasma va ataviado de un frac negro, y representa así, el lado amable del peligro, la seducción, lo enigmático y lo oscuro. Son como el Yin y el Yang.

Otra comparativa en contenido de la trama de F.O, puede hallarse y de manera casi automática, en el personaje de Quasimodo de la novela literaria de Víctor Hugo: *Nuestra señora de París* (1831), conocida por la famosa adaptación animada de Disney como *El Jorobado de Notre Dame* en 1996. ¿En qué coinciden? Ambos hombres están deformes, son expulsados de la sociedad, se ocultan entre sombras dentro de infraestructuras góticas, y se enamoran de una linda doncella que no les corresponde. Los une París, espacio donde ocurren los acontecimientos, el arte gótico, el romance y sus protagonistas marginales. Es aquí, donde se percibe la efectividad del romanticismo para crear emotivas historias y conmover al público. Es tan efectiva la fórmula belleza = grotesco, que cada historia que se ejecuta bajo

dichas leyes del romanticismo se hace entrañable. Tal es el caso también de la película de Tim Burton *El joven manos de tijeras* (1990). ¡Y es que el romanticismo apela a la parte subjetiva del receptor!

## Temáticas principales

Idolatría y manipulación: Ahora bien, aunque el amor no correspondido entre Erik y Chirtine es un elemento que domina en la relación de ambos personajes, cabe resaltar que la idolatría y la manipulación mediante una figura celestial, es una cuestión que también se encuentra muy presente en los protagonistas y que considero que vale la pena mencionar. En la trama, Erik toma el rol de un ángel, un ser sobrenatural quien tiene la encomienda de proteger y guiar. Y ante la inocencia y la fe ciega de la joven Daeé, hace que en ella surja una idolatría hacia el Fantasma. Dicha idolatría, roza en la devoción y en un respeto que sólo genera una figura autoritaria como lo es un maestro o un ser divino. A través de este culto que le brindaba Christine, quien iba a la capilla del teatro a rezar para que Erik le hablara, fue lo que llevó al Fantasma lograr manipularla, y mediante esa manipulación, lo llevó a un intento de posesión, en cuerpo y alma de la joven. El control de obediencia que funge sobre ella se muestra en una escena de la película, cuando Erik se le aparece para reprocharle su acercamiento con Raoul, quien fue a visitarla a su camerino para felicitarla por su presentación de esa noche:

—Insolente, esclavo de la moda. ¡Robar tu gloria!  
Tonto ignorante, este valiente pretendiente,  
¡compartir mi triunfo!

—Ángel te oigo. Habla. Escucho. Quédate a mi lado. Guíame. Ángel, mi alma fue débil, perdóname. Entra por fin, maestro. (El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 29: 06)

Se muestra la sumisión de la joven y el control que tiene él debido a su figura celestial, un control que va más allá de la obediencia: es un control total de los sentidos, como si Christine fuera víctima de un encantamiento, y esto, da a la trama un toque de misticismo y sobrenatural que enriquece al género gótico, y de esa manera, también al romanticismo. Erik no sólo utiliza una figura divina para cumplir sus cometidos, sino que usa lo mágica que puede ser la noche y a la música como armas de hechicería, y una cantante como Daeé, hija de un músico, con sensibilidad artística corriendo por sus venas, cae inevitablemente atraída e hipnotizada ante las melodías de un compositor genio.

**La musa:** Si en la trama ya se da uso de una figura divina como lo es un ángel, también se le otorga al personaje de Christine una virtud de divinidad: la de la musa. Según los antiguos griegos, las artes eran inspiradas por deidades que brindaban a un artista de dones especiales en teatro o música, y Christine, es la fuente principal de inspiración de Erik al momento concebir su arte, y cuando la lleva a la joven por primera vez a su guarida, un lugar donde le rinde tributo a su música en las catacumbas del teatro —donde hay velas, un órgano, y partituras esparcidas por todas partes—, le canta sobre la inspiración que ella le genera a su arte:

—Sólo tú puedes hacer que mi canción levante el vuelo (El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 40: 13)

Con esto cabe recalcar que tanto en el Fantasma como en Christine, existe una idolatría

mediante la concepción que se atribuyen entre ellos, de virtudes divinas y sobrenaturales.

**La fealdad:** Desde los tiempos más remotos, tanto en la literatura como en el cine y el teatro musical, se han contado historias sobre aterradoras bestias, monstruos y espectros que hielan la sangre. Seres abominables que hacen que las pesadillas cobren sentido, poseedores de apariencias escalofriantes, almas sedientas de sangre que han de penetrar cuellos de doncellas, o seres sobrenaturales, de piel pálida, espectros descarnados con vestimentas negras que han de arrancar gritos desgarradores. Pero ¿qué es aquello que hace a dichos personajes ser un monstruo? ¿Su apariencia, o sus actos...?

Ya que el romanticismo está subordinado a lo grotesco con lo físico, la fealdad, desde mi punto de vista, podría ser el tema dominante de la trama en F.O junto con el de un amor imposible.

Por medio de películas como esta, se muestra en sus tramas el lado humano del monstruo, y el lado monstruoso del ser humano, lo que me lleva a plantearme cuestionamientos tales como: ¿Qué es aquello que hizo a Erik ser un monstruo a los ojos de la sociedad francesa? La respuesta pude verla sustentada en el verso de una canción, cuando el Fantasma secuestra a Christine y la lleva a las entrañas del teatro:

—¡Desciendo a mi oscura cárcel de dolor!  
¡Desciendo a la prisión de mi mente! ¡Desciendo al camino de la oscuridad tan profunda como el infierno!  
¡Cómo piensas que llegué a este triste y frío lugar?  
¡No fue por pecado mortal, fue lo horrendo de mi faz!  
(El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 01' 57: 05)

Lo que percibo con este diálogo, es que la deformidad era para la sociedad, una personificación de la maldad, de lo maldito, algo

inmoral que debía ser rechazado por el simple hecho de ser grotesco a la vista. La película muestra también, el daño psicológico, emocional y social, que causa en un ser humano el no cumplir con los estándares de belleza. Debido a los prejuicios sobre su aspecto físico, es que el personaje de Erik vivió sumido en la tristeza y la soledad. Hay una escena de cuando Christine le quita la máscara al Fantasma, y en ese trágico momento, donde sus complejos son expuestos ante el amor de su vida, por medio de una canción Erik argumenta el sufrir que le provoca su deformidad y habla de que esta le ha negado la felicidad, la compañía y el amor:

—Más extraño de lo que soñaste... Odiosa gárgola que arde en el infierno, pero que con salvarse sueña, en secreto, en secreto. Christine... Puede tu temor volverse amor. Aprenderás a ver al hombre detrás del monstruo, de este repulsivo cadáver que parece una bestia, pero que sueña en secreto con la belleza, en secreto, en secreto. (El Fantasma de la ópera, 2004, 02' 21:04 - 45: 49)

Se sabe también, que desde casi siempre, las personas que presentaban malformaciones físicas eran exhibidos como fenómenos de circo. Más que una ficción, este tipo de lamentables hechos fueron parte de una realidad social. En 1980, se filmó la película *El hombre elefante*, a manos del director David Lynch. La cinta trata de la vida de un hombre inspirado en una persona real (Joseph Merrick), y muestra cómo esta persona es relegada y esclavizada como un fenómeno de circo a manos de un malvado cuidador, quien lo trata como un animal y lo educa con latigazos. Y el origen de Erik en F.O comparte muchas similitudes con la película de *El hombre elefante*. Cuando sólo era un niño, Erik, ya era parte del exótico espectáculo de una feria ambulante de gitanos que visitaba París.

El título de su jaula era «El hijo del diablo» debido a su deformidad facial que causaba horror, y a menudo era golpeado por su dueño con un lazo *punjab*. Harto del abuso físico y de la exposición al público, luego de asesinar a su dueño, Erik es ayudado por una joven bailarina del teatro que se compadeció de él. Ella lo escondió en la casa de ópera, lejos del mundo y su crueldad, y a partir de ese momento, tal y como se menciona en la película, «el teatro fue el auge de su dominio artístico y su patio de recreo». Jamás vio al mundo de nuevo.

Con el tiempo, Erik se convirtió en un genio, arquitecto, diseñador, compositor y mago. ¿Pero qué importa el talento y el arte logrado, si seguía siendo un adefesio? Y este planteamiento me lleva a preguntarme... ¿La maldad se encuentra en su fealdad, o en los prejuicios de la sociedad? Creo con firmeza que un monstruo es aquel que es capaz de exhibir y dar paliza a un niño, o «los hijos del diablo» son aquellas personas que rieron y escupieron entre los barrotes de la jaula a ese mismo niño que sólo quería jugar y hacer música. ¡Los actos hacen al monstruo, y no su apariencia! En una escena de la película *El hombre elefante*, Joseph hace una protesta en contra de la discriminación y el acoso que sufría: «No soy un animal, soy un hombre». Y es así como se muestra la visión errada que tenía la sociedad ante una apariencia grotesca, pero que el romanticismo, a través de sus tramas, ha podido otorgar una nueva perspectiva que encamine hacia una reflexión de cuál realmente es la esencia de la palabra humanidad.

## Ambientación gótica

Ahora que ha quedado explicado el dominio por parte del género romántico dentro de la trama y de los temas principales que a mí parecer maneja esta, cabe destacar que también se encuentra un sello palpable del género en la parte visual y ambiental, en el espacio y tiempo de la película que le da la imagen estereotípica que necesita todo género romántico: una infraestructura gótica y barroca.

La ambientación gótica dentro de la cinta se presenta en lugares como el cementerio, cuando Christine va a visitar la tumba de su padre, en sus climas fríos o con niebla, en objetos como el órgano gigante que toca el Fantasma, la rosa roja con un listón negro que le manda a Daeé, o en la representación de la vida del protagonista en las catacumbas. A mi parecer, una de las escenas de la película que más refleja una ambientación sombría, es cuando Erik hace presencia física ante Christine por primera vez. La invoca detrás de un espejo, que en realidad es la puerta a un pasadizo secreto que lleva a su mundo de oscuridad. Y cuando Erik toma de la mano a su amada y la guía por el pasillo secreto, se asoma en el camino estrecho unos candelabros sostenidos por brazos dorados que salen de las paredes; idea que se tomó de la película francesa *La bella y la bestia* (1946).

Como Perséfone que desciende al Hades, Daeé es guiada por Erik entre pasillos, sótanos y alcantarillas. O cuando navegan sobre una barca por un lago subterráneo, lo hacen como Caronte que atraviesa la luna estigia, y pasan de un mundo racional, a un mundo fantasmagórico y de locura. Al final de las aguas, de dónde emergen candelabros encendidos, hay una gruta que los espera cruzando un puente levadizo de verja: es ahí la guarida del Fantasma. Todos estos elementos tienen un carácter gótico, y el contraste de la luz

con la oscuridad de esta escena, crea efectos de profundidad y resalta con dramatismo las escenas en primer plano. También hay teatralidad, que busca hablarle a las emociones. El barroco me genera una fuerte impresión en las figuras y formas que se refleja en la ambientación, en la fotografía, y en el uso del sistema y del formato panorámico de la película. Es una adaptación que combina la obra literaria, el formato musical y el arte del cine. Al ser cine y musical, la cinta aporta un grado de dinamismo y agilidad a la narración que una representación teatral no alcanza a tener. De hecho, la propia Ópera de París es una infraestructura de arquitectura gótica y la mayoría de las escenas ocurren dentro de ella: cuenta con pabellones laterales, proliferación de águilas imperiales y tiene una columnata. Y en dichas bases ambientales, se muestra la esencia burguesa y de las masas populares de fuerza política mediante su estilo ecléctico, barroco y monumental. El vestíbulo de la casa de ópera cuenta con generosas mamparas, es una antesala de la impresionante escalera, y una galería circundante que tiene balcones con sus balaustradas de mármol. Lleva en su fachada el estilo gótico que se sigue presentando hoy en día en iglesias: Pináculos, rosetones, arcos, ojivales, contrafuertes y arbotantes.

Percibo la ambientación gótica en la vida de la compañía de ópera fuera de escena: veo el mundo privado de Christine y Raoul, el mundo oculto del fantasma, veo el mundo de París de aquella época y de la sociedad en el baile de máscaras. Y, por otro lado, como contraste entre dos mundos diferentes, el libertinaje del personal laboral y artístico que se vivía tras bambalinas, en contraste con la vida excéntrica y democrática de la clase burguesa. El recorrido de los espacios, empieza con Carlotta en el escenario cantando Hannibal —una ópera imaginaria—, para pasar al mundo fuera del escenario que me lleva al mundo privado del camarín.

Del camarín al lago subterráneo, del lago, al tejado de la casa de ópera.

Una obra literaria importante de destacar debido a sus detalles en la descripción de una ambientación gótica es *La máscara de la muerte roja* (1842), un cuento de terror de Poe, que trata sobre una plaga que invade un pueblo inglés, y debido a los síntomas que esta provoca en el cuerpo, la llaman «la muerte roja». El príncipe Próspero de aquel reino, se ocultaba de la infección tras las paredes de su castillo junto a familias nobles. Pero una noche, mientras ofrecía una fiesta privada de disfraces, apareció entre la música y el baile, un personaje desconocido que causó pavor a los invitados: era la epidemia, la muerte roja representada como una persona con disfraz. En este cuento se hallan elementos de ambientación comparativa con la película musicalizada de F.O, ya que, más allá de ser una similitud ocasional, se trata de un homenaje que Gastón Leroux le dedicó a la obra de Poe, y este guiño al cuento, se encuentra tanto en la novela literaria de F.O, como en la película del musical. En la cinta, hay una escena particular en donde tanto la parte visual como la representación simbólica, muestra la relación que hay entre el personaje de la muerte roja con el Fantasma: Ambas son símiles en la cuestión de ambientación, pues coinciden en la época, la infraestructura gótica, la clase social de los personajes, y todo ocurre en una fiesta de disfraces. El Fantasma, tal como la muerte roja, interrumpe en dicho carnaval de mascaradas que dan los propietarios de la ópera de París, y se presenta ante todos como un peligro inminente, como si fuera la misma muerte, y enmudece de horror a los presentes. En la cinta, vemos el tributo palpado en el vestuario de Erik, quien lleva elementos cadavéricos en su máscara y florín, y su traje es color rojo sangre. ¡Erik, es ella, la muerte roja de Poe! Este personaje literario, también se

encuentra en la cera que usa Erik para sellar sus cartas y con las que se comunica con los mánager del teatro: usa la figura de una cabeza de calavera roja como distintivo.

## Música

Al tratarse de una película musicalizada, en donde la mayoría de los diálogos son cantados y las canciones van contando la historia, es necesario hablar de la música, de cómo esta, construye la trama y de cómo es otra columna que sostiene al romanticismo...

Tanto por la calidad de la historia como la fuerza que le da Andrew con la sublime adaptación musical y la ópera que acentúa el drama, es lo que ha convertido a esta obra en una de las más aclamadas por los críticos y que sin duda la pone al nivel del musical *Los miserables* de Víctor Hugo; ambos musicales que coinciden con tener como género dominante al romanticismo. Esta corriente cultural, como ya he comentado antes, tiene como una característica principal esa combinación de polos opuestos, y en las canciones de F.O, se encuentra palpable esta representación, no sólo en los temas que aborda la trama, (belleza y fealdad) ni en la ambientación (los contrastes de negro y blanco) sino que en el formato musical también lo lleva. En el estilo musical de Andrew, hay un interés por los mundos opuestos, en bloques de sonidos contrastados. Se toca música íntima, marcial, y la de una sociedad aristócrata. Se oyen que son diferentes y chocan unas con otras. John Snelson, quien es musicólogo, explica en el material adicional del DVD de la película, que: «Una de las formas en que se consiguen estos efectos en

Phantom, es la utilización de contrastes sonoros muy fuertes que reflejan los diferentes mundos que muestran [...] Es un roce entre ellos casi tectónico [...] Y creo que eso es lo más importante en Phantom, trata el antagonismo, de forma integral, de mundos distintos» (John Snelson, 2004).

Además de sonidos polares chocando entre sí, veo cómo el canto operístico de la película de Andrew, ayuda a la exaltación de sentimientos en la trama, ya que este arte vocal tiene el poder de acentuar el drama de una escena y la fatalidad que desenvuelve el final. Se usa la música para darle un golpe de efecto a la trama.

Además, el uso específico de instrumentos logra darle un toque gótico:

Quando se abre el telón, comienza con una presentación musical del Fantasma muy caricaturesca. Es el tema principal, los acordes descendientes, el órgano toca las figuraciones en staccato como una ráfaga al frente y un tema de fondo. Es una combinación de Bach, como si hubiera varios personajes de Drácula tocando el órgano, combinadas con un órgano francés típico. Hay una tocatta muy llamativa con un tema principal con los pedales del órgano [...] La música de la obra está unida a varios temas del Fantasma con el terror. Cuando el coro canta: «Está aquí, el Fantasma de la ópera...» oímos este anuncio característico casi con bombos y platillos. (John Snelson, 2004, s.p.)

Otro aspecto que considero vital del porqué la música encuentra una unión muy estrecha con la esencia de la trama de la película, es debido a la similitud de la historia de F.O, en comparación con la manera en que Andrew, el

compositor, obtuvo su inspiración para la obra musical. Michael Coveney, escritor y crítico de teatro, afirmó en el material inédito del DVD, que Andrew tenía una obsesión con la cantante Sara Brightman, casi tanto como la tenía Erik con Christine. Y tal como sucede en la trama, Andrew se convirtió en un hombre que le compuso a la voz de una mujer a la que amo. Es por ello, que tanto en las obras musicales como en la película del 2004 de F.O, Christine se presenta físicamente parecida a la cantante inglesa, Sarah, y no como en la obra literaria de Gastón, donde Daeé es rubia. En sus canciones, Andrew compuso episodios tan floridos para que sólo cantantes como Sarah, pudieran interpretar.

Siempre puede haber muchas intérpretes para el papel de la musa de El Fantasma de la Ópera, pero siempre será Sara Brightman, la voz reen-carnada de Christine...

## Conclusión

Es la melancolía, el contraste entre dos polos opuestos, su analogía «bella y bestia», el derroche de drama y tragedia, el amor imposible, la representación de figuras divinas, el inevitable rendimiento a los sentimientos sobre la razón, la fealdad física, el ambiente gótico y la música fantasmal, una de las tantas características que hacen a esta emotiva cinta cinematográfica, una obra contemporánea del romanticismo. Más allá de provenir de una novela literaria clasificada en el género de horror, puedo percibirla más como una historia de amor a partir de la versión que le dio Andrew con su composición musical. Quizá el romance y la sensualidad siempre ha sido parte vital en la obra literaria, sin embargo, de pasar a ser

un elemento subordinado, pasó a ser una dominante junto al horror en la versión de la película musicalizada, y que, algunos critican y otros aplauden.

La trama en la película hace que merezca la pena vivirla, ya que el contenido de su historia es conmovedora y profunda, cuyo propósito principal es conmover, apasionar y estremecer al espectador, y su mensaje lleva a una profunda reflexión, pues me dice que los actos son los que convierten a una persona en un monstruo, y no su apariencia.

Aquel impacto —mayormente subjetivo—, que me provocó la trama y la ambientación gótica de la película, logró que, con el paso del tiempo, y de una manera casi inconsciente, se transformara en una certera influencia artística y cultural en mi identidad como escritora. Se podría decir, que me mostró el sendero hacia dónde debo dirigir mis creaciones literarias: un andar hacia los caminos del romanticismo y la novela gótica.

*El fantasma de la ópera* es una historia emotiva que nos regala el género romántico, y este género es arte puro, que cuenta historias para almas tan apasionadas como la mía. El romanticismo es un espíritu. El espíritu que se retrata en la cultura, y que nos habla de sentimientos, de amor, y el amor, es un lenguaje universal que sensibiliza y alimenta el alma.

## Referencias:

---

Josepson, M. Victor Hugo, a realistic Biography of the Great Romantic, Nueva York, 1942.

Swinburne, A. A study of Victor Hugo, Londres, 1886.

Leroux, G. (1910). El fantasma de la ópera (p. 331) México: Editores Mexicanos Unidos, S.A.

Roldán, D. [Zoomf7]. (2019, Julio 25). El hombre elefante: los monstruos son ellos. | Análisis de secuencia [Archivo de vídeo]. Recuperado de: [:/www.youtube.com/watch?v=5HV3xMLdTrw&t=790s](https://www.youtube.com/watch?v=5HV3xMLdTrw&t=790s)

Schumacher, J., & Lloyd Webber, A. (2004). El fantasma de la ópera [DVD]. Londres; Universal Estudios.

Viñas, D. (2002). Historia de la crítica literaria. Recuperado de: <https://mail.google.com/mail/u/0/?tab=rm&ogbl#sent?projector=1>

[Educatina]. (2011, Noviembre 22). Romanticismo - Historia del Arte - Educatina [Archivo de vídeo]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=ardDoXUu3sk>

[Mario de la Rubia]. (2019, Mayo 20). El fantasma de la Ópera de Joel Schumacker y Andrew Lloyd Webber (2004) crítica. [Archivo de vídeo]. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=Dag5e8IxoRw&t=2681>

S

